REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII | San José, Costa Rica | **1933** | Sábado 15 de Julio | Núm. 3

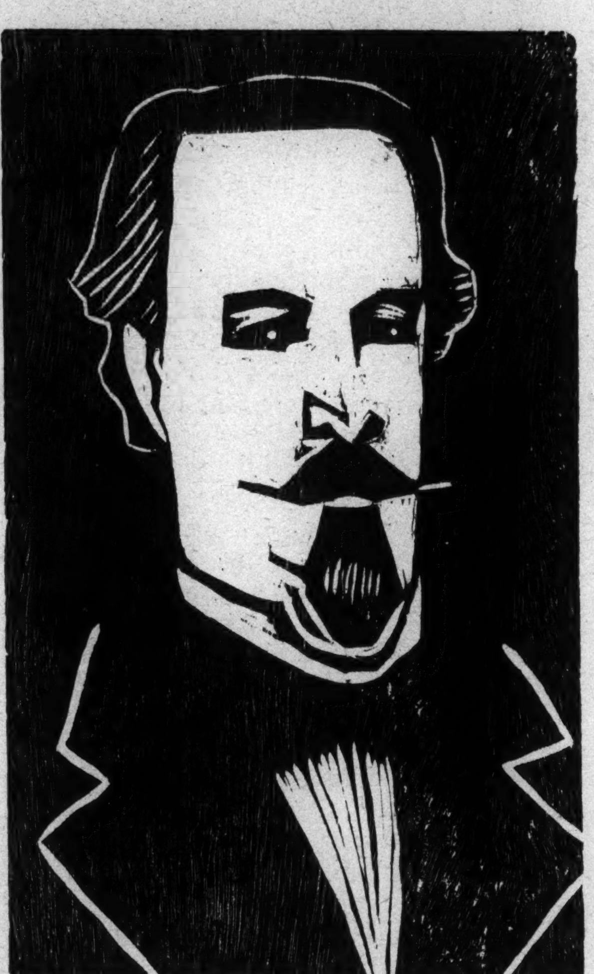
Año XV. No. 643

SUMARIO

José Milla, el delicioso .... *Flavio Guillén*
¿Qué hora es...?
El porvenir de la cultura .... *Gregorio Marañón*
La pitahaya .... *Anastasio Alfaro*
Conversando con Arturo Zapata .... *Juan del Camino*
La actualidad de Federico Ozanam .... *Sofía Molina Picó*
André Gide o el demonie de la inquietud (1) .... *León Pacheco*
Glosa ....
Encuentro de un Oidor con una fantasma .... *José Milla*
Algunas causas de la desmembración hispanoamericana .... *Américo Castro*
Versos inéditos .... *Carlos Luis Sáenz*
Tablero ....
La fiesta de hoy .... *Mario Sancho*

José Milla, el delicioso

= Del *Boletín de la Biblioteca Nacional.* Guatemala =



Madera de *Amighetti*

José Milla

...; y a don José Milla, de fácil vena, de erudición notoria, de ocurrente lenguaje y vivas sales, toca la historia del que fué Reino y Capitanía General de Guatemala, desde los tiempos en que por tierras y princesas peleaban kachiques, quichées y zutujiles, hasta los brillantes días de aurora en que la animada palabra del polemista y orador Barrundia, la vivaz actividad del abogado Córdoba y las duras consideraciones de Molina, dieron en tierra con los muros y fondos coloniales.

José Martí

(*Nuestra América.* Tomo IX de las Obras de Martí recogidas por Gonzalo de Quesada).

A Guatemala le bastan sus dos Pepes, para ostentarse ufana de su patrimonio literario: Pepe Batres, en poesía y Pepe Milla en la prosa. Y al denominarles así, no hago sino repetir ese tuteo de familiaridad, con que Guatemala los llama, en diminutivo doméstico y que es el aspecto más característico de la gloria, según tesis original de Juan Montalvo.

Don José Milla y Vidaurre, acaso más conocido con su pseudónimo anagrámico de "Salomé Jil", es el literato que mejor representa en Guatemala el largo período de transición que se extiende entre el clasicismo de los hombres que siguieron a la Independencia, y la revolución que habría de entrar por las puertas franqueadas en 1871, a golpes certeros descargados por la reforma, social más que política, arrasadora de recuerdos y tradiciones.

Quedaban de la Universidad Carolina, poetas y prosistas tan pulcros como conspicuos. Pero nadie puede opacar la figura intensa de Milla, centrificada, primero, en la prensa y después en la historia y la novela. Su atmósfera, fué, por serlo de transición, pesada y brumosa cual ninguna otra. La intransigencia liberal le veía ungido del pasado y poco flexible a los atrevimientos demoledores: pero su ingenio triunfó sobre las impotencias de la envidia y nadie osó ya, a sus postrimerías, arrebatarle el cetro principesco, en la novela histórica y sus cuadros de costumbres nacionales.

Por entonces, la fama universal y positiva, aquella que logra salir de las fronteras patrias, le había ya consagrado el más alto representante del pensamiento nacional, muy a pesar del despecho amargo con que un grupillo fanático y de coloración liberal, hostilizaba al estudioso historiador, costumbrista deleitoso y novelador ameno. Qué agallas las de aquellos que sin leer o entender al escritor, no podían perdonarle el delito de haber escrito en la "Gaceta Oficial", cuando ella fué el órgano de los conservadores. Eso, a pesar de que el héroe y protagonista de la reforma liberal, Justo Rufino Barrios, admiraba y quería al padre intelectual de Juan Chapín.

Una vez declarado por todos que los versos compuestos por Milla no son de poeta, al igual de Juan Valera, Alarcón y otros verdaderos trovadores de la prosa, romos y nulos para la gaya ciencia, queda el preguntar, en cuál de los ramos descolló más y mejor, o cuál es el género que domina con garbos de artista y soltura de maestro. A mi entender, es la crítica local, o sea el Cuadro de Costumbres, el terreno en que no tuvo antecesores, ni tendrá, creo yo, substitutos. El historiador es ameno y verídico, pero quizá le aventaje en estilo del caso, el venerable don Alejandro Marure. En la novela, hay mucho qué señalar, desde que las suyas fueron escritas. Pero el lienzo en que coloca al vulgo de esta capital para retratarlo con su familia, o de cuerpo entero, no tiene rival en Centro América, al menos, hasta la hora en que estoy sentando esta afirmación, algo atrevida.

La novela que Milla desarrolla con encantos de narración, es aquella romántica, de trama un tanto inverosímil si se ha de juzgar con el criterio realista que vino a substituir al romántico. Los personajes son tomados de la historia nacional dentro de un ambiente hermético a toda innovación y bajo el dominio absoluto de la fe católica. ¿Existe la novela histórica? se pregunta a sí mismo el naturalista Emilio Zola, y a sí mismo se responde: la novela histórica no es novela ni es historia.

Cuántas y cuántas palabras se han derramado estérilmente, en la defensa, ataque y definición de la novela. Según el concepto antitético que de ella tienen el soñador y el positivista, el romántico y el naturalista, el que propaga una tesis y el que cuenta algún suceso, sin miras ni tendencias y tan sólo por contar. Bajo este título ha cabido la narración científica, el enredo policiaco, la anatomía psicológica, el estudio de las pasiones, las tragedias del odio y las heroicidades del amor. Todo, en fin ha cabido en la novela con tal que cause entusiasmos de emoción, ya sea el protagonista un curioso que atisba a los prójimos de un hotel desde un agujero del muro, como en "El Infierno" de Barbouse. ya un repórter detectivo, como "Horizonte", de Martín, ya el extraviado en la montaña, como en "La Vorágine", de Eustasio Rivera, ya un perro "Colmillo Blanco", como en la creación de J. London.

Si todo, pues, viene a ser materia de novela, ¿por qué no ha de haber la novela histórica, que recuerda a una patria

su abolengo, sus glorias o infortunios, sus vicisitudes y triunfos?

Es la novela, una forma, la más suave y azucarada para llevar a las mentes de todos, de mujeres y jóvenes, por manera especial, el aprendizaje insensible de ideas y la adopción inconsciente de sentimientos. Pues bien, es aquí, donde Pepe Milla ha logrado meterse en los hogares y si, como dice un prologuista de él, Guatemala fuera un pueblo lector, nos sería tan familiar como Goethe lo es en Alemania y Scott y Dickens lo son en Inglaterra.

Sin embargo, si a mí me deleita hasta en la historia indígena que le encargó el gobierno de un sistema enemigo, es en los cuadros de costumbres donde suelta mi hilaridad admirativa, porque sé, de experiencia, lo dificilísimo que es mover a risa con la pluma y el riesgo peligroso en que cabalga la reputación literaria, cuando se expone el chiste, que, según Condillac, necesita de diez y seis condiciones para ser discreto, feliz y solicitado. De otra suerte, ¡**Mefiez vous de votre prope sprit!**

La prueba de que dón José poseía un ingenio que ya parece genial, está en que dió origen y vida a ciertos tipos que se pasean orondos en el campo de la imaginación, donde los lectores les deparamos vida eterna. Si yo tuviera la gracia que deseé toda mi vida, de dibujar con lápiz, pincel o pluma, yo haría el retrato de Juan Chapín, el de la Parroquia Vieja, sitio éste que al visitarlo yo, me hace evocar la imagen del vulgo con pantalones, encarnado en Juan Chapín.

En punto a originalidad, quizás no resulte absoluto nuestro querido Pepe Milla, por cuanto en su **Viaje al otro Mundo, recurre** al compañero de quien otros autores sacaban lo mejor, del relato o de la observación. En las novelas, adopta el marco o molde en boga hasta entonces en España y deja ver a las claras, que mantuvo muy de cerca el magisterio de Larra y Mesonero Romanos. Pero de tal suerte es tan suyo, su estilo, tan personal e inconfundible que eso precisamente da a su obra una originalidad individual y única en nuestro medio. Su prosa no es un modelo de corrección y pulcritud, sino que a menudo la descuida, no obstante haber sido socio correspondiente de la Academia Española y Miembro de otras asociaciones académicas. En cambio, es suelto, fácil, claro, ágil, sonoro, y armonioso, en términos tales que el excelente maestro del idioma, don José María Vela Irisarri, dice hablando de su admirado amigo Salomé Jil: "Si un crítico no creyente, creyó a la **Araucana** superior al **Paraíso Perdido,** ¿por qué un creyente no crítico, no ha de creer que los cuadros de Milla son, no superiores sino de igual valía que las **Escenas Matritenses** de Mesonero y que los artículos no políticos de Larra? A mi humilde entender, los Cuadros de don Pepe tienen un positivo valor literario, intrínseco, estético y duradero..."

Omito lo más personal de mis impresiones, mas no dejándolas en el tintero, sino tal vez para retocarlas y fundirlas en un solo artículo, rehaciendo los conceptos aislados que tomó el taquígrafo de mi discurso ante el busto de Milla, un día que le llevé mi homenaje.

II

(De la conferencia que dijo el 4 de agosto de 1922).

Para hoy, primer centenario natal de José Milla, la galantería universitaria quiso poner en el programa, un encargo a mí: el de verificar la crítica literaria del insigne escritor guatemalteco. Contento de alegría me sentí al aceptar tamaña honra y ya me imaginaba en vuestro paraninfo, frente al público más selecto de Guatemala, calzados mis ojos con los lentes de analista y armada mi diestra con el escalpelo del histólogo. De esa manera, dueño de un largo tiempo y fomentada vuestra atención con el calor de mis entusiasmos, podría, quizás haberos traído, al estudio del medio, a las características de la época y al temperamento del hombre, hasta explicar por qué el eximio Salomé Jil costituye un ejemplar raro y sin segundo en el pasado y porvenir; porvenir que traiga acaso ingenios privilegiados, pero que no podrá arrebatarle el cetro de los prosistas centroamericanos.

Una enfermedad física, leve y pasajera, pero exigente, me inhabilita para presentarme a cumplir el compromiso contraído, y, no queriendo renunciar del todo a la gloria de hablaros, lo hago en esta forma, somera, desapareciendo el crítico para quedar en su lugar el común periodista, acostumbrado a marchar, como los reos, "entre columnas..." ¡Ah! ¡Sí! Las del periódico, a quien van destinadas esta voces, son también columnas apretadas a las que atan al escritor dos sayones despiadados: el gusto vulgar y la irrompible forma establecida.

Y si alguno con extrañeza preguntase ¿hubo un alguien que se atreviese a criticar al Maestro? ¿Dónde está el cuál, que a tanto se lance? Yo le respondería que la ignorancia ha prostituído el significado del vocablo crítica; haciéndolo equivaler a censura, vociferación y vituperio; pero que siendo una función de análisis ponderativo, tanto critica quien silba como el que aplaude. La atención, que es el fiel de la balanza, puede inclinarse a la malevolencia de pesar solamente las escorias, despreciando el oro natío, o bien, echar al plato del cariño, únicamente los cristales auríferos, arrojando las gangas viles y terrosas.

Esto último es lo que ahora deseo hacer. Primero, porque vuestra opinión unánime, no está pendiente de mi criterio para discernir o no a Milla, el título de Grande; y segundo, porque de censurar amargamente a alguno, sería al público de su tiempo, que no quiso poseerse en su totalidad de lo que aquel gran hombre valía, y le amargó la vida, algunas veces con ocasión de sus ideas políticas. Don José Milla era demasiado culto e ilustrado para caber en la estrechez de moldes políticos que para tortura de todos inventó la imaginación latina. Y siendo sabio, era libre y prefirió volar solo, como las águilas, según la frase de Enrique Heine.

Hay otro cargo para aquel tiempo y el que no sé de información, sino porque lo he leído y es el aviso que vibra como escrito con fuego en la última página del delicioso "Libro sin Nombre". Estoy seguro de que ante él, habéis sentido como yo, rubor e indignación. Helo aquí: "La presente publicación se suspende por falta de suscriptores".

¡Cómo! En un país de pródigos, como su naturaleza, donde los pesos no pesan para gastarse en divagaciones y superfluidades, la gente culta, que es dadivosa y de bolsillo franco ¿regateó a la pluma de oro la peseta de plata que pedía por destilar luz y gracia? Qué tal si don Pepe no hubiera sabido algo más que escribir bellamente, o perece de hambre, o niega a la corona intelectual de Guatemala, el más áureo y perlado de sus florones.

Pero ni este cargo debo formular en un día de regocijo para las letras. Lo toco al pasar, para que nosotros no incurramos en el pecado de ayer, y porque es de las cosas que más duelen, el considerar que con mejores estímulos, el estro fecundo de Pepe Milla habría colmado de mieles nuestra despensa, de mieses nuestros graneros y de medicinas nuestras costumbres.

Pues él distraía enseñando y corregía riendo, según el consejo del latino.

En él se adunaban dos cosas raras del mundo mental: gran poder prolífico y suprema voluntad de crear. Y es de saber, para bien de la juventud que me oye, que no basta el talento ilustrado, si no viene en consorcio con el hábito del trabajo eficaz. Milla fué un gran trabajador. Me parece que nadie dentro del istmo dejó más gordos volúmenes, y eso que incineró mucho inédito delante de un amigo que me lo ha referido.

¿Por qué el genio de nuestras letras cayó en ese crimen femenino de intelectual infanticidio?

Quizás por lo precario del ambiente. ¿A qué fin (se diría) dejar huérfanos mendicantes, donde el editor le había ya dicho: "suspendamos por falta de suscriptores"?

Su actividad era de "fuerte" al igual que su potencia generatriz de ideas.

Si dejaba la péñola del periodista, era para tomar el pincel del novelador, el "stilus" del historiógrafo, o el lápiz agudísimo del dibujante de costumbres regionales.

Para ello había almacenado en su juventud, conocimientos especiales del clasicismo prístino, que le comunicó dominio del idioma. Para ello estudió también, cuanto había de saberse, en historia, filosofía, moral, política y demás ciencias sociales.

Erudito sin hinchazón y castizo sin miramiento, su prosa corre fresca y bullente cual manantial sobre arenas.

Los extranjeros aquí residentes, comunicaron a las sociedades sabias de Europa el hallazgo inesperado de tal tesoro y las científicas corporaciones europeas le distinguieron y honraron en

vida, demostrando así que la posteridad comienza con el voto de los extraños.

Una artista, la señora Falla de Fopa, halló "La hija del Adelantado" en alta mar, entre los libros ingleses y franceses de la biblioteca de un trasatlántico inglés, y su emoción la arrancó suspiros de orgullo patrio.

Quiere decir que Pepe Milla no era una grandeza de club, ni un genio de barrio, ni una gloria municipal.

Si bien, es cierto, que su pueblo, al verse retratado de cuerpo entero, rió con ganas observando que la fotografía semejaba caricatura, y juró enmendarse de sus ridículos, para no ser en el circo de los pueblos, espectador y payaso de sí propio.

Su creación de **Juan Chapín** es tan perfecta; corresponde tanto la ejecución a la finalidad, que vivirá, como Sancho Panza, la vida perenne del arte, ese único engendrador de longevidades.

Complázcome en llamaros la atención sobre la infalible justicia póstuma. Hoy, toda la Guatemala intelectual, la sabia, la artista y la ilustrada concurre a vuestro llamamiento para glorificar a su ingenio predilecto. No viene para discutir los merecimientos, ni para calificarlos, sino a consagrarlos por siempre. Hoy no es día de exámenes, sino de premios. Para el espíritu de don José, no es hoy el viernes del descendimiento, sino el jueves de su ascensión.

El Gobierno de la Nación también se cubre de prez al decretar honor perpetuo al Padre de las letras nacionales, no en nombre de un partido, ni de una secta política o literaria, sino en el de la patria guatemalteca.

Qué bien hacéis todos los ilustrados. La justicia es la función más noble del corazón humano; y la más bella de las justicias no es la que entrega un reo al verdugo, sino la que reparte coronas y galardones. Hacéis muy bien. Sólo así se funda el abolengo dentro de la aristocracia de las almas.

Y esto explicado, quiero repetir que a Guatemala, a falta de otros ingenios le bastaría y sobraría con ser madre de dos Pepes... Pepe Batres y Pepe Milla. Os confieso en voz baja que ese par de Pepes, me obsesionaban en mi niñez escolar, mucho antes de atravesar los Cuchumatanes y conocer vuestras ciudades.

Desde niño les admiraba ya y les prefería con devoción, porque encontraba en ellos, la claridad que es luz interior; la enseñanza que es pan de crecimiento; y el buen humor que es placidez de vivir, amabilidad de la especie y fortificación contra las seriedades de asno, con que nos amarga el escepticismo.

Milla y Batres, tienen dentro de nuestro cielo el rosa fresco de una mañana primaveral; mas, superan al sol físico, en que ellos no tuvieron alba de tanteos ni aurora de ensayos, sino que de rondón y en un repente luminoso, amanecieron sobre el cenit de la perfección.

Y volviendo, para terminar, a don José Milla, un libro escribiría gustoso acerca de su vida, su labor y su gloria.

Su obra no pasará de moda como las que fabrica el gusto frívolo para reinar en una estación, cual los sombreros de las damas.

Quien respeta los cánones del arte, la hermosura del idioma y el buen gusto universal, inseparable del yo humano, es únicamente quien consigue la conquista del futuro interminable.

Porque el Arte posee interioridades secretas de armazón inconmovible con la rigidez eterna de una geometría de formas. ¡Ay de quien las menosprecie o quebrante!

La sed de sapiencia y la necesidad de emoción, conviven dentro de espíritus independientes de las épocas, escuelas y convencionalismos. La ficción, que es reflejo de realidades; el movimiento desinteresado y puro hacia estados superiores y el entusiasmo pasional por lo magnánimo, son necesidades del alma universal, exigentes e imperecederas.

Todos buscamos al autor que mejor sabe traducirnos, el que grita lo que sentimos y piensa lo que debiéramos haber pensado. Y tanto, tanto nos identificamos con él, que pronto le ofrecemos pleitesía, con sumisiones de hijos y fervores de creyentes.

¿Sabéis quién es el único conquistador a quien yo admiro y reverencio? Pues el genio del pensamiento, ya sea un Alejandro del Arte o un Napoleón de la Ciencia... De todos los demás, haría yo leña de hogar, para que de veras sirvieran para algo.

Fijaos bien y finalmente en que sólo ese par de atletas forman y labran la civilización: los de la ciencia, hallando tierras nuevas en el mundo o mundos nuevos en el cielo, y, los del arte descubriendo cielos nuevos, siempre nuevos, en los azules infinitos del Alma.

Flavio Guillén



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El porvenir de la cultura

=De *La Nación*. Buenos Aires =

1

El Instituto de Cooperación Intelectual de Artes y Ciencias que funciona bajo los auspicios de la Sociedad de las Naciones ha celebrado una asamblea en Madrid para ocuparse del tema que sirve de título a estas líneas: "El porvenir de la cultura". Han concurrido a esta reunión hombres de ciencia, literatos, pedagogos, políticos de todo el mundo. Yo he formado parte también de los invitados a deliberar. Vale la pena de meditar un poco, ahora, clausuradas ya las polémicas, sobre la significación y la utilidad de lo que allí se ha tratado y discutido.

La cultura ha sido estudiada y discutida según un plan no previsto en el programa. Los programas, en general, sirven para esto: para no cumplirlos. Son como un negativo de la realidad; y no por eso menos útiles. La realidad no aparece hasta que el presidente de la deliberación agita la campanilla para comenzar; momento en el que el programa deja de existir. Y la realidad, en este caso, nos ha demostrado, a posteriori del programa, que la cultura puede ser vista desde cuatro puntos de observación diferentes: el filosófico, el político, el de la técnica pedagógica y el ético.

2

Los filósofos, que abundaban en el docto senado, han perfilado a su sabor el problema. Empezando por la palabra "cultura", cuyo contenido alarma tantas

susceptibilidades. ¿Qué es la cultura? ¿Cómo diferenciarla de la civilización, del saber, de la instrucción? Sutiles distinciones han brotado de los labios severos de los profesores, sin llegar a acordarse. Pero lo cierto es que la cultura está ahí, como el tintero encima de la mesa, y nadie la confunde con las nubes o con los árboles. La cultura, ¿es un valor individual, o nacional, o universal? También se presta el tema a rudas controversias; pero habría que preguntarse antes: ¿qué es el individuo y la nación y el universo? La cultura es una y única. Es de los individuos que la poseen, cuando la poseen. Es de las naciones en cuanto pueda colorearla un matiz de tipicidad étnica—no estatal—. Es universal en cuanto el universo está en todo, en la nación y en el individuo y en cuanto hay en ella elementos que son comunes, cualquiera que sea el que los posea, a todos los países y a todos los individuos humanos.

Esta bien plantearse todas estas facetas del problema cultural humano. Sobre ellas, como sobre la piedra del afilador, se agudiza el corte y el pincho penetrante de la dialéctica. Y esto es también cultura.

3

El problema político ha surgido, como un fantasma, a lo largo de cada minuto del debate. Un fantasma que todos conocíamos, que todos sabíamos su nombre y al que nadie se atrevía a reconocer. Allí estaban hombres eminentes de Italia y de la Alemania reciente, tras cuyas palabras se adivinaba el gesto imperativo de los dictadores. ¿Por qué no decirlo con franqueza? Frente a ellos gritaban su fe liberal los franceses, los españoles y otros más, con más o menos timidez. Yo no lamento esta controversia, que es, ante todo, esencia de la actualidad del mundo. El nacionalista antiliberal se caracteriza por esto: tiene que decir que lo suyo es lo mejor. Aunque no lo crea. Lo "tiene" que decir porque esto es esencial para una cosa en la que, eso sí, cree a pies juntillas: que su sistema es el que salva a su nación, sin perjuicio de que el resto del mundo vaya a donde quiera. No discuto esta fe, como ninguna otra. Siempre he creído necio discutir a las creencias con razones. La fe se comparte o no: esto es todo. Cuando la fe de los otros hiere y nos pone en peligro, nos defendemos de ella; y no con la razón, sino con otra fe, y, si es preciso, con los puños. La fe nacionalista, como espectáculo, me parece respetable y en ocasiones admirable. Pero, ¿para qué discutir con quienes son lo que son porque se creen indiscutibles? El liberal lo discute todo, empezando por sus propios principios. Su fuerza está en la capacidad de dudar: fuerza llena de baches y peligros, quién lo duda, pero también de eficacias: exactamente igual que la fe más cerrada. Yo creo en la duda; lo prefiero a tener que dudar algún día de la fe.

4

Como problema técnico, la cultura está también llena de infinitos temas de discusión; ¿se debe enseñar a todos o seleccionar antes a los más aptos? ¿Se debe enseñar todo—si se puede—u orientar los conocimientos con un sentido especialista? ¿Se debe dar mucha o poca importancia a la educación física?, ¿y al humanismo? Y tantos y tantos otros más. Lo más concreto ha sido a este respecto el acuerdo de que la pedagogía es el mayor obstáculo para la cultura. Aquel grito de "¡guerra al pedagogo!", que nuestro Unamuno lanzaba, hace ya años, como una más de las piedras de su gran espíritu arbitrario, reaparece hoy convertido en un lema de hombres sensatos y bien enterados. Hay una cultura mínima, que se da y se toma, "secundum artem", por los maestros en pedagogía. Lo demás lo enseñan los maestros que son antipedagogos, los maestros libres; y por encima de éstos, el azar que gobierna los mundos, por lo común, con delicado tino: como que están, detrás de él, las manos sapientes de Dios, que reviste su sabiduría incontrovertible con la capa ligera del azar.

5

Pero—yo me preguntaba—¿la cultura es una obra de sabiduría? A mí me parece que es, ante todo, una cuestión de ética, de conducta. La verdad estricta, o si se quiere "aséptica", se logra—o se cree que se logra—con la razón. Pero la verdad eficaz y viva sólo se conquista por el camino del bien. El componente de conducta austera, recta, leal, que supone una cultura para ser útil, es mucho más elevado de lo que se cree. La verdad, en sí, no sirve para nada si pertenece a un sabio sin trascendencia humana. La verdad que eleva a los hombres la puede poseer, en cambio, un pobre de espíritu, con tal de que tenga el alma limpia: tal vez un carpintero o un pescador.

El olvido de esta verdad esencial ha entorpecido y entorpece la marcha de los espíritus hacia la civilización verdadera, que es, como cuatro son dos más dos, cultura más rectitud, y no sólo cultura. O, si se quiere, que es sabiduría, en el sentido clásico de saber cosas, pero también de saber ser el hombre adecuado ante cada revuelta de la vida. Sabiduría, por lo tanto, del pensamiento y de la conducta, como la quería Séneca, y no sabiduría de los sabios que se venden a todas las injusticias, y a todas las venalidades por cualquier puñado de dinero o por cualquiera de las amenazas a las flaquezas de la carne. Y a las del alma, que son peores y más imperdonables que aquéllas.

La cultura se ha vinculado al intelectual, y éste, que suele ser inteligente, que aunque no lo sea lo finge, es pocas veces sabio, de esa sabiduría de saber ser hombre en su plenitud y en toda su grandeza. El intelectual es, al cabo de los siglos de serlo, un aristócrata; y como todos los aristócratas, está corrompido por el vicio específico que se concentra en las cimas humanas, que es la vanidad. Y vanidad es ante todo, no sólo supervalorización de unas cualidades, sino olvido de otras: esto último aun más que aquello. En la vanidad, creo yo que lo importante es la atrofia y no la hipertrofia. Al intelectual, en el mundo de ahora, se le ha atrofiado el sentido de su responsabilidad moral, de su deber de austeridad y de sacrificio, de su necesidad de ser, antes que nada, amigo indisoluble de la justicia.

6

Por esto está la cultura en crisis. El mecanismo supremo que rige el mundo acude, con sutil automatismo, al remedio de cada mal. Y la crisis de ahora, el auge de las fuerzas inferiores de la humanidad y la humillación de las más selectas—de todas las aristocracias, incluso la intelectualista,—es una sana cura de amputación de la vanidad hipertrofiada que nos había apartado del camino recto. Hay que sufrirla con buen ánimo, sin anestésicos embotadores del fecundo dolor. Y sabiendo que es para nuestro bien.

Los críticos han dicho al terminar las "Conversaciones sobre la Cultura": ¿y qué se ha sacado, después de tanto hablar, en limpio? Y yo les contestaría: ¿pero qué es lo que los críticos entienden por "limpio"? El crítico que nunca se ha mirado al espejo—y es vicio de casi todos los críticos, y muchos son críticos precisamente por olvidarse del careo con su propia alma—entiende por resultado "limpio" la conclusión concreta, el programa. Yo no creo, repito, en los aforismos ni en los programas; y si, después de tanto hablar, hubiéramos votado, como nos pedía la convocatoria, un "programa cultural", yo no hubiera tenido lágrimas bastantes para llorar el tiempo perdido en aquel salón con mesas y mecanógrafas, muy "sociedad de naciones", y con un tapiz al fondo, en el que figura Absalón prendido por sus cabellos de una encina: símbolo de la vanidad, nuestro pecado. Nada, pues, de programas. Lo que hemos sacado "en limpio" ha sido lo más limpio de la vida, una verdad, a saber: que no sabemos cuál será, ni cómo será, la cultura del porvenir. ¿Y les parece poco a los críticos? Porque de esta verdad, en apariencia negativa, hay que sacar la resolución de buscar un rumbo a la cultura nueva; y no dudo que la estrella que marca ese rumbo es un retorno a la valorización del bien por el bien, de la fraternidad supernacionalista, del sentido humano de la existencia. Sí: una vuelta a todos los "tópicos viejos". Y añado que si hemos de servir aún para algo, nuestra misión será esa de rellenar las palabras venerables de contenido humano—y divino;—para que dejen de ser tópicos y vuelvan a ser, otra vez, verdades.

Toledo, mayo de 1933.

Gregorio Marañón

La pitahaya

= *Envío del autor.* San José, Costa Rica =



La pitahaya *(Hylocereus undatus, Haworth).* Escasú, Costa Rica

La pitahaya es una fruta suculenta, de color púrpura de granada, por fuera y por dentro, con gran cantidad de semillitas negras, de las cuales se hace caso omiso al saborear el fruto; su diámetro medio alcanza doce centímetros, y el peso llega a 650 gramos. El tallo rastrero, triangular, con espinas en las aristas, se tiende y ramifica mucho sobre las cercas de piedra, paredes viejas y aun trepa por los árboles, formando una enramada densa, donde florece año tras año hacia el mes de junio y produce abundantes cosechas, cuando la planta recibe con libertad los rayos del sol. Si colocamos un pedazo del tallo sobre cualquier árbol, no tarda en tender sus raíces adventicias y agarrarse de la corteza, como cualesquiera de las plantas epífitas.

La fotografía que publicamos se tomó muy temprano de la mañana, en un día nublado, pues la planta florece de noche y se marchita con la luz del día. (Véase **Repertorio Americano**, tomo XXVI, página 259).

Hay a la entrada de la villa, en Escasú, una planta de pitahaya, que cubre toda una cerca de piedra, haciendo una muralla impenetrable; el tendido alcanza muchos metros de largo, todo el frente de la propiedad, desde la quebrada hasta el portón de entrada; tendrá dos metros de alto, y las ramas se extienden por el frente, besando con hermosas flores las yerbas del camino.

Al referirnos antes a esta planta dijimos: **Hylocereus undulatus**, en lugar de **H. undatus**, pues en Castellano ondulado da mayor expresión que ondeado, tratándose de un mar de verdura ondulada, cuando se contempla el tendido de esta planta sobre una cerca de piedra ya sea en Costa Rica, así como en Honolulo, según la fotografía publicada por Britton and Rose, en la página 188 del tomo II de las **Cactáceas**; y suponemos que el mismo botánico Haworth habría pensado de igual manera hace un siglo, cuando publicó la especie, si hubiera tenido a la vista un cultivo extenso en lugar de una planta aisladamente, pues la lengua latina tenía ambas palabras, como las conservamos en el idioma castellano.

Desde el punto de vista decorativo, estas plantas sirven de adorno en las fincas rurales, en los jardines y tapias de las casas campestres; mas para los salones y ventanas se prefieren las mamilarias y otras especies pequeñas, aunque no pertenezcan a la misma familia. Con frecuencia se toma de los paredones una forma insignificante, generalmente joven, y después de instalada en un tiesto adecuado parece agradable y digna de conservarse en la vivienda de mayor lujo. Vale mucho el gusto artístico con que se monte una planta, aunque sea de apariencia modesta y la maceta proceda de una pelota de arcilla, más modesta todavía: es el arte que transforma y realza las cosas más triviales, porque en todas sus manifestaciones lleva algún destello del alma.

En otras partes se combinan pequeñas plantas de familias diversas con pedazos de rocas minerales, y cuanto mayor es el número de formas y matices tanto más alto es el precio que alcanza la muestra en los mercados de California, por ejemplo. En la forma de la maceta se imitan animales u otros motivos atrayentes, y como el arte dispone de modalidades infinitas, pueden hacerse conjuntos bellísimos, transformando en una verdadera obra artística elementos comunes en la naturaleza: las arcillas, las rocas y plantas con espinas o de escaso valor.

Si tomamos nuestro cardón o **Cereus aragoni** (Weber), nos encontramos con un tallo hasta de seis metros de alto, estriado, espinoso en las aristas, que podría tenerse en un jardín como planta decorativa, aunque sus flores nada tienen de atrayente, pues se reducen a pequeñas cabezuelas de 7 a 8 centímetros de largo, en forma de embudo, con pétalos cortos, redondeados, de color blanco, con ligero tinte de violeta; su diámetro de mayor abertura apenas llega a 4 centímetros; los estambres son cortos, numerosos, de color blanco de crema y están adheridos al cuello del embudo; el estilo, con su estigma, forman una columna delgada, de color igualmente blanco, al centro de la flor. El fruto parece una guayaba verde, corrugada, que pesa solamente 50 gramos y tiene muchas semillas negras. En cambio de tanta sencillez, los brotes nuevos que se forman en el corte del tronco o en su base, toman la forma esférica, de

cinco, seis o siete aristas; con facilidad echan raíces y constituyen una planta bonita, que rivaliza con las mamilarias, al menos durante los primeros meses de su desarrollo; luego pueden plantarse en el jardín, en la seguridad de que vivirán para recordar a nuestros nietos el cariño que tuvimos por la flora nacional.

Hay también otra cactácea usada igualmente para cercas en la meseta central, cuyos tallos y ramificaciones tienen cuatro aristas delgadas y protegidas por núcleos de agudas espinas grises, de las cuales la central llega con frecuencia hasta siete centímetros de largo; estos núcleos están separados unos de otros por espacios regulares de seis centímetros. Esta planta florece a mediados del año, sobre los núcleos de las espinas, para proteger el tubo floral contra el ataque de los insectos. El tubo floral alcanza hasta 22 centímetros, incluyendo el ovario y cuello de la flor, cuya garganta mide cinco centímetros de diámetro; a lo largo del tubo tiene pequeñas agrupaciones de espinas cortas, rosadas unas y blancas otras. Los sépalos son angostos, de color violáceo, y los pétalos blancos, también angostos, punteagudos, de 6 a 7 centímetros de largo. Tiene muchísimos estambres blancos, con las anteras amarillas, escalonados en la garganta de la flor, en cuyo centro se levanta el estigma dividido en doce lóbulos de color crema; el estilo mide 20 centímetros de largo desde el ovario al estigma y tiene color blanco en toda su longitud. Florece de noche, y al cerrarse la flor, en las primeras horas de la mañana, dobla los pétalos y sépalos hacia adentro, dejando prisioneros los insectos que se comen los estambres, antes de abandonar su prisión.

Aunque no tenemos la descripción original del ilustre botánico Haworth debemos referir esta especie al **Cereus quadrangularis,** por más que en los tallos tiernos y muchas de las ramificaciones aparezcan tres, cuatro y hasta cinco aristas, que se reducen a tres antes de terminar su desarrollo; pero la forma corriente, lo que se observa generalmente son las cuatro aristas, cuando la planta tiene su mayor tamaño, de dos a tres metros de alto, y diez centímetros de grueso a través de las aristas.

El diez de julio, a las ocho de la noche tuvimos el placer de ver abrirse dos flores del **Epiphyllum pittieri** (Weber), que es una planta de tallo irregular, a veces muy largo, delgado, cilíndrico en partes, en otros triangular o aplanado, con ramificaciones planas, de 30 centímetros de largo, por cinco de ancho; el borde es parreado y el extremo redondo, bastante delgadas estas láminas y de color verde. Las flores se levantan indistintamente al canto del último tercio en las ramificaciones planas, o directamente del tallo central, en la propia base de las ramificaciones. El tubo floral, incluyendo el ovario, tiene 9 centímetros de longitud; es de color blanco verdoso, con algunas brácteas pequeñas rosadas. Los sépalos son del mismo color del tubo, angostos, lanceolados, y se vuelven ligeramente hacia atrás. Los pétalos son blancos, más angostos aun, y se abren completamente, en forma de una margarita de 6 centímetros de diámetro, en cuyo centro se levanta el estigma de doce lóbulos abiertos, sobre un estilo delgado y alto. Los estambres numerosos forman una copa, alrededor del pistilo, todo de color blanco, menos las anteras que presentan el tinte de la crema de leche. No tiene perfume; pero la apariencia de la flor es muy bonita, sutil y atractiva. El ovario mide 15 milímetros de largo y el estilo diez centímetros, con toda la parte cubierta por el tubo de color purpúreo claro, en su tinte más suave y delicado **(Phlox pink).**

Anastasio Alfaro

Estampas

Conversando con Arturo Zapata

= Colaboración =

Ibamos pensando mientras leíamos a Arturo Zapata exigiendo diferencia de trato para el gobernante colombiano en el parangón que de él hiciéramos con el hoy difunto gobernante peruano, en el bien que hace al espíritu la familiaridad con la ironía heineana. Mucho buen humor debe animar algunos pasajes de las discusiones hechas para crear opinión. El pasaje en que el querido amigo Zapata no está conforme con la igualación de gobernantes es digno del recuerdo de esta terrible sátira heineana: "Pedirán en cambio el privilegio de un knut de honor, como los nobles de Siam, que cuando han de recibir un castigo son introducidos en un saco de seda y apaleados con varas perfumadas". No espere de nosotros el saco de seda y la paliza perfumada cuando nos oye hablar de gobiernos y gobernantes. La realidad afirma que todos tienen los mismos relieves dañinos. No hay que engañarse y por un espíritu de tolerancia tratar de colocar desempeñando papel de superior altura al personaje que tengamos cerca de nosotros. No hay que darle a sus yerros la seda y la vara perfumada. Esto es, aunque lo juzgue mal el escritor colombiano, seguir tiranizado por la superstición. Y el deber nuestro es combatir la superstición. No se defiende del cargo quien afirma no ser un áulico. Esto último supone un alma muy penetrada de vileza. Y la superstición lo que hace más bien que volver viles las almas es arrebañarlas. Porque la casta gobernante necesita precisamente de unidades blanduchas acostumbradas a recibir la orden de mando. Necesitan que se respete la organización que ellas dan a los países, porque en el respeto está la permanencia y el disfrute que ellas hacen del mando. Véalo claro este escritor que quiere librar de un trato igualitario al gobernante de su nación. Volvámonos fuertes todos los que anhelemos el mejoramiento de nuestras patrias. Pero démonos cuenta de que la fortaleza no nos vendrá usando la seda y la vara perfumada, es decir, colmando de privilegios a gobiernos y gobernantes que yerran visiblemente porque nadie les cobra responsabilidades. Ni ira ni susceptibilidad cuando oímos la voz americana acusando al funcionario incapaz o pervertido. Estímulo para que no sea el vacío el que se trague la censura que lleva fines constructivos. Acordémonos de que los indiferentes son innumerables.

Los sucesos bélicos no tienen ya importancia para los gobiernos peruano y colombiano. De modo que replicar al escritor quisquilloso los reparos que le brotaran en medio de un ambiente sulfurado sería reconstruir una escena definitivamente desaparecida. Nos interesa volver sobre nuestro concepto de los tratados para afirmar que no nos postramos ante ellos a pesar de salir de las manos de los firmantes con todos los celestiales olores de la santidad. En los tratados no creemos porque rara vez nacen de la visión de los hombres. No es que los tratados merezcan desaparecer, sino adquirir el sentido de justicia y de razón que les ha faltado, que les falta, que les faltará mientras sólo sirvan para entretenimiento de gobernantes. Los pueblos necesitan acordar lo que ha de servirles de norma para sus relaciones mutuas. Pero entendamos que tales acuerdos deben ser entre pueblos y no entre gobiernos. El error lamentable del amigo Zapata es negarse a pensar en que los tratados que tanto defiende como cosa salvadora del orden social no son sino caprichos de gobiernos. Y los gobiernos en dondequiera que estén con predominio absoluto son lamentables. El mando no lo usan nada más que para imponer sistemas autoritarios. ¿A quién consultan cuando forjan el tratado que cede o que segrega territorio? Al pueblo por medio de sus congresos y senados, dirá rápidamente el escritor Zapata. Pero, le replicamos, la organización de los gobiernos no es dual. El mando está repartido sin romper la unidad que necesita para ser siempre privilegio de una casta. Consultar a congresos y senados como representantes de pueblos, es autoconsultarse. De ahí que afirmar que los tratados son la expresión de la voluntad de pueblos es apegarse a la superstición difundida e impuesta por los gobiernos.

Los tratados son necesarios, repetimos, pero no los acuerdos que toman los gobiernos para celebrarlos con banquetes y borracheras. Creemos en los tratados concebidos como lazos de unión fuerte entre los pueblos que han aprendido mediante la cultura a no hacer de sus geografías una cosa pesada y aplastante. Tratados que armonizan en vez de erizar. Tratados flexibles que hoy sirven para poblar zonas y años después para devolver esa población ordenada y fuerte a la lucha contra la barbarie. Pe-

ro no creemos en tratados sin conexión ninguna con las realidades de los pueblos. Es decir, no creemos en los tratados hechos por gobiernos. El amigo Zapata dirá que somos de tendencias anarquistas. Y no hay tal. No nos ha entendido. En los gobiernos no creemos mientras sean el resultado de una imposición de castas. Es natural que esperemos mucho de los buenos gobiernos. Pero nuestra inconformidad no los ve por ningún lado. Los espíritus de independencia definida no constituyen nunca pieza que calce en la relojina de los gobiernos. Por esto a congresos y senados, a presidencias y cortes no llegan aquellos hombres capaces de dar a los tratados el sentido hondo que tienen. Y mientras carezcan de ese sentido, seguirán siendo el lamentable acuerdo que unos diplomáticos decidores firman para ser discutido por otros no menos decidores representantes de pueblos hipotéticos.

Pudieran constituirse los gobiernos por individuos sin ataduras en el espíritu, serían incontables los afirmadores del poder constructivo de esos gobiernos. Pero mientras lo que haya privado y continúe privando sea gobiernos que son el producto de la incultura, no es posible exigir al espíritu inconforme la sumisión reservada al arrebañado. No anarquizamos, sino que pedimos la desaparición de un estado de mediocridad. No ha estado nuestra América desamparada y alguna vez ha habido gobiernos grandes sustentados por hombres de visión, edificadores. Volvamos el pensamiento ansioso a esas épocas y saquemos criterio para el contraste realmente creador.

Y no es que creamos que el gobierno es el terminal victorioso del hombre con anhelos de redención colectiva. Más hace una conciencia alerta desde su activa posición desfocilizada que desde el cargo de dirección impuesto al mediocre por la política. Pero es natural que no debamos desentendernos de aclarar nuestro concepto, mejor dicho, nuestra aspiración por el verdadero gobierno. Se nos acusa de anarquismo y de lo que padecemos es de inconformidad. De inconformidad por lo que vemos a lo largo de una fila de naciones gobernadas y sumisas. Y cuando un espíritu nuevo nos quiere obligar a que usemos seda y vara perfumada en el trato que damos a los gobernantes, sentimos que se nos quiere atormentar quitándosenos una independencia que no conoce afortunadamente los modales de los nobles de Siam. Mejor es continuar en la batalla ásperamente. Por lo menos nos salvamos de tanta superstición extendida sobre los más grandes y sobre los más pequeños resquicios.

Asoma en el artículo de este amigo Zapata un cargo que íbamos a destacar de primero para convencernos de si tiene justicia o no. Dice al final que debemos sembrar "con prodigalidad, sin odio para nadie, porque dentro de un amplio sentido de humanidad, el norteamericano también es hijo de Dios". No vamos a sutilizar y a decir si quiso decir esto o lo otro Arturo Zapata. Entendemos que alude a nosotros. Entendemos que nos reclama nuestra lucha contra el imperialismo que nos echa el norteamericano. Hemos dicho lo bastante contra ese norteamericano conquistador para no sentir que Zapata lo ha comprendido y se resiente del prejuicio continental. Pero, no teoricemos, ante todo. Cuando se trata de un pueblo de esta América nuestra sí cabe hablar con odio, sí cabe negar la siembra pródiga. Sin embargo, cuando son los Estados Unidos, entonces a predicar la fraternidad que negamos a nuestros pueblos. Si debemos hacer de sembradores será en primer lugar para alimentar las hambres de los pobladores de nuestras propias tierras americanas. Mientras sembremos para negar el grano a nuestra propia gente y colmar la saciedad norteamericana, estaremos en una obra farisaica. Porque hay que excluir al de afuera si para incluirlo tenemos que devorarnos nosotros mismos. Excluirlo no por odio, sino por dignidad. El odio es miseria cuando no significa defensa de nuestro decoro.

Con el norteamericano no podemos convivir mientras el norteamericano reciba en su educación sentimientos imperialistas. Estamos defendiéndonos simplemente. El plan de todo imperialismo es dominar pueblos para crecer sobre ellos y mostrar la pujanza de una organización indomable. No odiamos, porque el odio empequeñece. Excluímos al norteamericano conquistador. No podemos tenerlo a nuestro lado si está encadenándonos. Es claro que para una teoría cómoda de la fraternidad universal resulta molesta la conducta de los vigilantes que no se avienen a dejar pasar al hombre que trae en la mano la cadena que un imperioso mandato de conquista pusiera como afirmación de superioridad. Mas abandonar la defensa por un mentido sentimiento de amor es traicionar principios que fueron conquistados por nuestros mayores. Contra el norteamericano estamos cuando lo vemos echándose desaforadamente sobre nuestras riquezas económicas para someternos al vasallaje de organizaciones económicas de los Estados Unidos imperializantes. Contra los norteamericanos estamos cuando los sentimos influyendo en nuestra vida independiente, no para darle el impulso noble sino para clavarle el garfio que nos ate al imperialismo. Si estar contra ese norteamericano es llenar de tiniebla el alma, esperamos la luz de alguna parte. Pero no por cierto de la conformidad. No seremos rumiantes postrados al pie del norteamericano avasallador.

No afirmamos odios, porque queremos salvar nuestra obra, diminuta o de algún valor, de la miseria. Anhelamos el crecimiento para estos pueblos y estamos seguros de que si el imperialismo norteamericano no encuentra voces que lo censuren y lo descubran por más encubierto que aparezca en su conquista, pronto seremos tierras colonizadas.

Debíamos explicar una conducta. Explicar una conducta que hemos sentido atacada por un escritor de valer. No es jactancia de nuestra parte. Creemos haber defendido lo bastante la libertad económica, espiritual y política de nuestra América para sentir que se nos alude cuando se proclama la necesidad de acoger al norteamericano como gente de la casa. No es jactancia. Así lo comprenderá el amigo Zapata, a quien adivinamos acogedor y por lo mismo honrado y justo en sus juicios.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1933.

La actualidad de Federico Ozanam

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Hace ahora justo un siglo un muchacho de veinte años fundaba en París, con un grupo de estudiantes, una "Conferencia de caridad" para asistir a los pobres a domicilio. La obra se desarrolló de tal manera y produjo frutos benéficos tan variados en todos los países, que hoy sus delegados acuden a París, de todas partes del mundo, para celebrar el Centenario de las Conferencias de San Vicente de Paul.

Y, sin embargo, el fundador no nos permitiría decir que de la pequeña semilla "ha brotado un gran árbol", pues comentando años más tarde la extensión prodigiosa de su iniciativa, decía: "No porque la gramilla del campo se extienda, puede llamársela grande; no porque cubra una gran extensión de terreno, se le ocurrirá compararse con un roble".

¿Quién era al muchacho que, a los veinte años, fundaba en tanta humildad, una obra de vitalidad poderosa?

Era Federico Ozanam un precursor en todos los terrenos en que actuó. Los que conocen su nombre por la importancia que tuvo como historiador de las letras, suelen creer que sus célebres cursos de la Sorbona, que inauguró a los veintisiete años, lo absorbieron por completo, pues la obra desarrollada por él en ese terreno bastaría para llenar cualquier vida. Pero los que lo conocen como fundador de los Vicentinos, podrían pensar que nunca se ocupó más que de los pobres.



Federico Ozanam
Madera de *Salazar Herrera*

Es que Federico Ozanam tenía la especialidad de darse íntegro a cada obra que emprendía, como si fuera la única. A cada una le comunicaba la riqueza de su alma. Y por eso, sin duda, todo lo que ha hecho es todavía, a un siglo de distancia, tan viviente y actual.

Toda su vida, toda su acción están en germen en el estudiante de 1833. Ama la ciencia, siente la fiebre de la investigación y de los descubrimientos. Pero ama con mayor pasión las letras. Y más que a la ciencia y a las letras, ama a los hombres. Y el amor de Dios orienta y unifica en él todos estos amores.

A los diez y seis años, Ozanam presiente con nitidez su vocación de sabio, de apologista del catolicismo, de servidor de la sociedad. Poco después, llaman la atención en sus cartas a sus amigos íntimos, dos rasgos: su prodigiosa actividad intelectual, y la sinceridad con que, trabajando de una manera inverosímil, se reprocha su "pereza", lleno de un ingenuo descontento de sí mismo.

¡Todos menos él, presienten un jefe en aquel muchacho "inspirado". Y él, inconsciente de su superioridad, se apoya en sus amigos, cuenta con ellos para la realización de los proyectos que le agitan el espíritu.

Hay en Ozanam la impaciencia de la acción, con la conciencia clarísima de la necesidad de prepararse. Es el joven de los vastos proyectos a largo plazo y de la realización inmediata, aunque sea modesta. Y es de tal manera el mismo en ambos aspectos, que cada una de sus realizaciones encierra como un fecundo principio de vida, y crece y se multiplica.

Aquel muchacho lionés, llegado a París a los diez y ocho años para estudiar Derecho por voluntad de sus padres, y al mismo tiempo letras por vocación irresistible, es de su siglo, pero se adelanta a él. Ve lejos, y lo que no realiza, lo siembra. Federico Ozanam es un precursor, pero lo ignora; y por eso, sin duda, sufre a pesar de su entusiasta optimismo, de no poder realizar todo lo que sueña. Siente un peso muy grande, y es que ignora que lleva en su alma, no sólo su vocación, sino todas las vocaciones que despertará en su vida, como amigo, como escritor, como catedrático. En su vida, y después de su vida, pues Ozanam murió a los cuarenta años, en 1853, y sigue despertando vocaciones.

Sus estudios sobre historia literaria permanecen, después de un siglo de progresos provocados por ellos mismos, firmes en sus grandes líneas y notablemente actuales; pero valen sobre todo por lo que han inspirado.

Así, su tesis de doctorado en Letras (1838) "Essai sur la philosophie de Dante", que dió origen a su libro "Dante et la philosophie catholique au XIII eme siecle", revolucionó la dantología y orientó los estudios de toda una generación de especialistas, en Francia, en Alemania y hasta en Italia.

El fué tal vez el primero que descubrió la poesía del franciscanismo y la entregó al público en su delicioso libro "Les poetes franciscains". Con otra obra de corte mucho más científico, producto de sus búsquedas en los antiguos archivos de Italia ("Documents inédits pour servir á l'histoire littéraire de L'Italie despuis le VIII me jusqu' au XIII eme siecle"), Ozanam acaba, por decirlo así, de revelar a los italianos mismos el valor de su propia literatura medieval. Tenía el don de abrir picadas en la selva virgen de la historia literaria y de lanzar por ella a cuadrillas de trabajadores.

Además del medioevo italiano, Ozanam estudió la alta Edad Media en sus "Etudes Germaniques" publicados por su viuda después de su muerte. Y del análisis a fondo que pensaba hacer para su cátedra de la Sorbona, del Poema del Myo Cid, ha quedado como una preparación la obrita maestra "Pelerinage au Pays du Cid", escrita durante su última enfermedad.

No sólo sus profundos conocimientos, sino el fervor de inteligencia con que los presentaba, el calor de su estilo, hicieron de él un despertador de vocaciones. "Hay que dar después de recibir, hay que producir por el arte después de poseer por la ciencia", había dicho una vez. Ese afán de dar es la nota más pasional de su alma; todo en él se resolvía en caridad. El alma del profesor y la del vicentino son una misma.

Precursor en el terreno de la literatura, Ozanam lo fué mucho más en el de la asistencia social.

Es ahí donde lo encontramos hombre del porvenir. Pues la mayor parte de sus ideas sobre la historia de las letras, audaces cuando él las enunció, son hoy ideas corrientes. En cambio, en el terreno de la Economía Social, muchos lo encontrarán hoy, todavía, revolucionario.

(Pasa a la página 43)

André Gide o el demonio de la inquietud

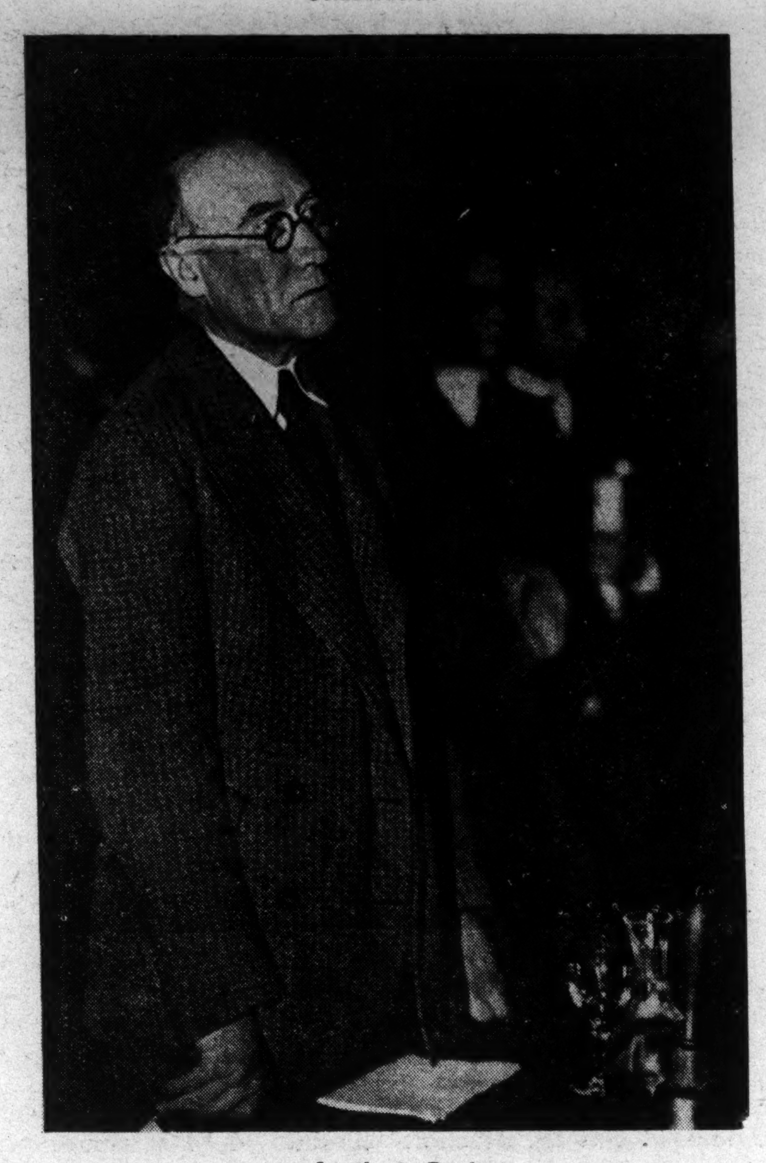
= Colaboración =

André Gide es uno de los espíritus más interesantes del mundo contemporáneo por la actuación que ha tenido en el último movimiento ideológico y literario de Europa. Después de la influencia ejercida por Oscar Wilde, quien preconizó, en cierta forma, el fin de la sensibilidad moral,—y de Maurice Barrés, que llevó a sus límites esenciales el paroxismo del pensamiento libre en función de todos los conflictos sociales, ningún escritor ha sido más inquietante que él. Es más, en sus análisis, en sus inquietudes, en sus exámenes de la angustia y de la conciencia, logra unir los dos extremos de dos tendencias humanas distintas, cuyas complicaciones parecen haber dividido a los hombres en dos categorías opuestas, según su aceptación o su condenación de los valores que rigen nuestra cultura. Su última novela, en tal sentido, es la concesión más audaz que una inteligencia de antes de la guerra puede hacerle al mundo actual. En realidad, **Los Monederos Falsos** representan la fuerza ética de un espíritu que justifica las debilidades de un escepticismo cómodo, que a un mismo tiempo perdona y acepta las audacias y las conquistas prematuras de la inquietud actual, hechas a base de cinismos descarnados y dolorosos y que por tales razones, no las comprenden los hombres de su generación. Gide, con una coquetería que en los escritores que nos seducen diariamente con sus ideologías improvisadas, y sus inmoralidades nunca satisfechas y que son el aliento de una nueva sensibilidad explicable en ellos, nos vuelve a iniciar en los elementos de una vida interior, cuyos secretos nos hacen sonreír después de las desintegraciones que está sufriendo la estética y la psicología contemporáneas.

Lo que más interesa en el desenvolvimiento de este espíritu que trata de encerrar sus ensueños y sus sequedades líricas en una forma **real**, es su sentido de lo europeo, más aun, de lo universal. Como los grandes moralistas de los siglos XVII y XVIII franceses—en el mismo plano de inquietudes sentimentales,—André Gide ha descubierto a Europa: sus curiosidades han ido hasta Inglaterra (¡alma protestante, en fin, la suya!), en cuya sensibilidad, íntima, en cuyas complicaciones éticas, en cuyas nebulosidades ideológicas, ha encallado la soledad de su pensamiento, un tanto avaro.

A André Gide hay que amarlo u odiarlo como en el caso de los maestros que han dirigido su conciencia, desde su primera juventud. Entre los ingleses ha buscado los satánicos o los que se encantan en los secretos de las pasiones humanas. De los hombres del Norte ha sacado el temor de la frialdad incapaz de convertirse en un sentimiento sereno frente al mal. A pesar de todo ello es el más esencial de todos los hombres de su raza y el más rehacio a la cultura que endureció sus huesos. Así, pues, por el odio o por el amor se llega a los extremos de su filosofía desconcertante. Para desenterrar las viejas cosas de su Francia ha ido hasta los rusos, hasta los americanos del Norte; en todas partes parece que no busca, después de todo, sino la sombra de su yo, con un temor que la hace confundirla con la propia sombra del diablo. Ha descubierto los vicios de todas las civilizaciones para justificar los suyos propios. Y cuando ya no le ha quedado más que el silencio, entonces ha trasladado sus inquietudes al desierto, a la soledad entristecedora y árida del desierto. ¡André Gide, hombre del desierto y de París! ¡André Gide, hombre de Europa y del mundo!

No existe escritor que haya trazado una biografía espiritual más justa que él. A través de todos sus libros se sienten las crisis, los problemas, las inquietudes de este hombre acongojado por el mundo y por la conciencia. Inicia su pensamiento con los preceptos puros y combativos de **Los Pretextos** y **Los Nuevos Pretextos,** en que están encerrados los aspectos del mundo hacia cuyo comercio se sintió atraída su curiosidad juvenil. En sus capítulos están vivientes las luchas del periodista, sus anhelos de esteta, su contraste con los maestros que gobernaban y dominaban el ambiente en que su espíritu florecía. Era la época del simbolismo y Gide gustaba plenamente los encantos de esta corriente artística. Muy pronto la abandona tras la experiencia de que son fruto unos libros de sorprendente belleza formal. Además de su inicia-



André Gide

en la «Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios», en París.

Habla contra el fascismo en la reunión promovida por la *A. de E. y A. R.* hace poco (marzo del año en curso), con motivo de los últimos sucesos en Alemania. Es la primera vez en su vida que *André Gide* habla en reuniones de esta índole.

Glosa

= De *Atenea*. Concepción. Chile =

En una reunión de escritores revolucionarios, André Gide pronunció un discurso en homenaje a los intelectuales alemanes víctimas de la persecución de los hitleristas. Consecuente con la unidad espiritual que ha fortalecido toda su vida literaria, Gide había ya escrito páginas emocionantes acerca de lo que se ha llamado su conversión al comunismo. Francia y con ella, el mundo intelectual, ha escuchado esta confesión del gran escritor, con un sentimiento lleno de espectación. ¿Es una conversión o es simplemente la trayectoria natural de un espíritu que, desde hace tiempo, ha buscado empeñosamente por encima de todo prejuicio, la renovación interior?

"Lo que aquí nos reune—expresó Gide en su discurso del día 21 de marzo, quebrantando por primera vez su propósito de no hablar jamás en público—es la convicción de que sólo puede evitar el conflicto—alude a la guerra—un interés superior al de las patrias, un interés común a todos los pueblos y que los une en lugar de contrariarlos. La lucha social es idéntica en todos los países y los pueblos que vemos batirse por razones que desconocen y que seguramente condenarían si llegaran a conocerlas en su verdad, tienen el mismo interés profundo del que ya empiezan a darse cuenta. Los que murieron en el curso de la gran guerra fueron todos engañados. Se les convenció de que debían hacer guerra a la guerra y en virtud de esta fórmula absurda, cuya vaciedad hemos comprendido, se les llevó a sacrificar sus vidas".

En este punto participa Gide de la campaña tenaz que en Europa está desarrollando la ju-

(Pasa a la página siguiente)

ción, los "pretextos" poseen los gérmenes de sus trabajos sobre el pensamiento europeo que más tarde ampliará en algunos libros fundamentales. Sus novelas de aquel entonces nos cansan un poco porque todas ellas respiran un ambiente artificial en que el espíritu vaga en la suave temperatura que enerva más aun la inquietud de sus personajes. **Tentativa Amorosa, Narciso, Prometeo Desencadenado, El Hijo Pródigo** son las realizaciones de un momento de su evolución espiritual, en cuya ascensión descubre las reglas del simbolismo y señala con ellas la aparición de verdaderas obras maestras en juego con una sensibilidad peligrosa y en **acecho...**

La acción de las ideas de André Gide, en otra inteligencia que no sea la suya, es un juego complicado e inhumano. Pero a él todo se le perdona. Sus novelas, que él mismo llama **Soteries,** son los puntos de reposo de una vida atormentada. Existe en esta alma en acecho una corriente de ideas, de tendencias, de pensamientos, de sensibilidades, de teorías, de sentimientos e ideologías, de contradicciones explosivas que la van desintegrando hasta presentarla casi transparente y dominada por una inquietud equívoca.

Sus enemigos son los fanáticos de la muerte considerada como realidad humana, o más bien, como realidad histórica: nunca le perdonó a Barrés, por ello mismo su teoría de los muertos y llegó hasta elogiar, con ironía paradójica, las inquietudes del hijo pródigo que comenzaron a intranquilizarlo desde su niñez: partir hacia el mundo con la conciencia de que todo regreso es la más trágica de las debilidades, pues el mundo es el más amargo aprendizaje y, por su dolorosa experiencia, en sus goces está el pleno secreto de nuestra salvación o de nuestra perdición humana.

Llega a la conclusión de que la muerte es el primer síntoma que crea el principio de la belleza y nos afirma que el arte ha nacido de su temor. La realidad de tal sentimiento la halla en el desierto, en aquellos sitios del desierto donde ha florecido la poesía, es decir, el misterio y su consecuencia inmediata, la religión: mide, en sus extensiones monoteístas, en sus arideces espirituales, la pena de la búsqueda de Dios, como los santos de la leyenda sagrada. Escribe, con una rara superstición pagana, las páginas purísimas de **Amyntas,** en las cuales se respira el oro empolvado de Virgilio y de los otros latinos de la decadencia, así como el sensualismo de los poetas mahometanos. Biskra, Algeria: el desierto, las sombras de las dunas amarillas y desoladoras, las teorías de los burritos grises, lanudos y cargados de cielo azul, los ojos morenos de los adolescentes indígenas, la sequedad de las arenas, la sed del alma y sobre todo, el espíritu de este viajero febril como una entelequia estética... De este diletantismo emotivo, áspero y cruel, regresa a las arideces femeninas de París y, con los oídos atentos a todo cuanto se pasa en torno suyo y a todo cuanto resuena en el fondo de su alma—un calvinismo melancólico y contradictorio, un cartesianismo burlón, la avidez de los sentidos,—confiesa, en libros angustiosos, el secreto de su tragedia, en complicidad con los descubrimientos espirituales desenterrados en otras inteligencias tan amargas y tan solitarias como la suya. Aparecen entonces **La Puerta Estrecha, Sinfonía Pastoral, Isabel**. Ha vuelto sus ojos hacia el paisaje de los hombres y ha descubierto en sus líneas esenciales los efectos de la moral: luego, cuando sus rodajes psicológicos le enseñan los secretos del mecanismo de la conciencia, fabrica su "inmoralismo", que en el fondo tiene mucho del cinismo libertino de los moralistas de fines del siglo xviii francés.

André Gide es, a un mismo tiempo, un barbarizador y un representativo del genio de su raza: el sentido de la barbarie, como ha sucedido siempre en todos los casos semejantes al suyo, le viene de su curiosidad universal. Tiende, sin embargo, sus inquietudes hacia los casos que representan, en cierta forma, las crisis de su alma o sus correspondencias mentales con obras que bien pudo haber firmado: va del morbosismo de Dostoiewsky al vitalismo enervante de Nietzsche. En el caso del filósofo alemán encuentra las huellas de las influencias de Stendhal, que también tuvo el sentido de lo bárbaro en la época romántica. Dirige después sus pasos hacia la seriedad reseca de los ingleses y a su humorismo substancial, y en sus paisajes encuentra el más desconcertante de los "inmoralistas", William Blacke.

Este gran escritor, este enamorado de las sinuosidades del alma humana y de los problemas de la conciencia, es el más perfecto de los dibujantes de la literatura. André Gide ha creado el dibujo literario: sus páginas admirables, frías, brillantes, a ratos oscuras, nos hacen recordar los dibujos de Ingres. Su esfuerzo, en este sentido, es de los más serios pasos que el arte contemporáneo ha dado para libertarse del romanticismo y definirse como una entidad propia. No se trata, en el caso de André Gide, de una intención premeditada: se trata del dibujo literario establecido según una técnica definida, cuyas tendencias se establecen de acuerdo con una moral estética que ya las escuelas nuevas de París comienzan a practicar. En tal sentido Cocteau es el discípulo más aventajado de André Gide. Si en este poeta no hubiera un elemento equívoco, por lo menos al establecer las primeras bases de su obra, el paso de la liberación literaria, iniciada por el autor del **Inmoralista,** se habría dado completamente.

Recordemos que André Gide fué el maestro más joven de fines de siglo. Sondeó sus crisis de una manera profunda en páginas sugerentes y vió a sus hombres en toda su desnudez, con sus manías y sus secretos, con sus miserias mentales y sus debilidades físicas. Fué el amigo íntimo de casi todos; pero, sobre todo, de Oscar Wilde. Las experiencias sentimentales con este poeta de las elegancias rebuscadas las eternizó en dos libros que son el testamento de una sensibilidad que aun no hemos podido desterrar por completo del mundo contemporáneo, a pesar de las tentativas hacia una revalorización de todos los principios cuya inutilidad la demostró la guerra: **El Inmoralista, In Memoriam.** El primero es la fantasía teórica de todos los vicios del estetismo; el segundo, el más cruel y terrible de los testimonios de la vida del autor del **Retrato de Dorian Gray.** No se ha descarnado André Gide de manera más humana, que en estas páginas sobre Wilde: está definido en cada una de las anécdotas que nos cuenta sobre el último esteta de la tierra, y si queremos pulsar su moral arrevesada, no tenemos más que ensayar con él el análisis de las ideas que desentierra en los libros y en los actos de su pobre amigo... Ved los tipos de hombre que frecuenta: solitarios, seres aislados del resto de la humanidad, o por el vicio o por la locura ¿Es un sadismo de avaricia espiritual o la clarividencia de un ser en extremo inteligente?

André Gide, como todos los escritores de su generación, es el tipo perfecto del diletante: pero el suyo es un diletantismo sentimental, un tanto perverso, puesto al servicio de una moral dudosa y de un sentido agudo de la crítica. Y quizás haya cierta emoción fría en este diletantismo porque el sentido de la crítica es el eje principal de su personalidad: André Gide es el

Glosa...

(Viene de la página anterior)

ventud en contra de la guerra. Esta campaña lleva ya varios años y últimamente los estudiantes de la Universidad de Oxford aprobaron un voto por el cual juraban negarse a combatir en caso de una nueva guerra. Es que los sacrificios de la anterior, fueron vanos y una realidad como ésa, tan concreta y brutal, dejó en todos los espíritus jóvenes un sentimiento doloroso de repugnancia y de rebeldía del que participan las generaciones nuevas de Europa.

Gide expresó en seguida en su discurso:

"Los cristianos de hoy que traicionan a Cristo y que se unen a los imperialismos nacionalistas, deberían recordar que desde hace tiempo, fueron ellos, también oprimidos. Su adhesión de hoy a la causa del capitalismo es un monstruoso error que arrastrará a ambos a la ruina".

De este modo ve Gide el panorama futuro.

más interesante de los críticos franceses, aunque sólo practique, de tarde en tarde, tal función del espíritu. Basta un solo comentario de su inteligencia para que los alcances de una obra se definan. Si su moral, si su frialdad, si su sensibilidad no estuvieran guiadas por su sentido maravilloso de la crítica, André Gide sería el más insoportable de los escritores franceses contemporáneos. Actualmente, después de haber viajado a través de la inteligencia de los hombres que más lo inquietan, se detiene en los umbrales febriles de su propio espíritu y nos inicia en los anales de su crisis, de sus ideas, de sus propias moralidades. Las páginas de los **Monederos Falsos** representan la más honda revelación de esta alma endiablada. Nada de cuanto ha escrito es más inquietante que esta novela descosida y amarga, cínica y cruel. En **El Coridon** elude el problema del vicio que más lo intriga: en **Los Monederos Falsos** lo aborda y juega con sus malicias hasta el punto de hacerlas odiosas. Pero André Gide penetra lentamente en el corazón de los hombres y no lo hace sino para descubrir sus propias debilidades, sus propios errores, sus propias pasiones, sus propios engreímientos equívocos...

León Pacheco

San José de Costa Rica.

(Seguirá)

La actualidad de Federico...

(Viene de la página 40)

En la cátedra de Derecho Comercial que, antes de ser llamado a la Sorbona, Ozanam dictó en Lyon, expone su teoría sobre el "salario natural". En pleno desborde del liberalismo económico, enseña que el salario debe alcanzar para el sostenimiento del obrero, la educación de sus hijos y su retiro. Y funda sabiamente esa afirmación. Se atreve a proponer al obrero como asociado de la empresa por medio de las acciones de trabajo. Era en 1840. ¿Quién pensaba entonces en cajas de retiro, en participación de los beneficios?

Su consagración personal a los pobres y su conocimiento de los Padres de la Iglesia y de Santo Tomás, hicieron de él un precursor, que antes de Ketteler, antes de Albert de Mun, sostuvo doctrinas que, cincuenta y dos años más tarde, obtendrían una especie de consagración oficial en la célebre Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, sobre la "Condición de los trabajadores".

Ozanam ansía un progreso verdadero de la justicia social, que ponga paz entre las diversas clases. "La caridad, dice, es el Samaritano que derrama aceite en las llagas del viajero atacado. Es a la justicia a quien toca prevenir los ataques". Siempre le preocuparon las cuestiones relativas a la organización del trabajo, a la responsabilidad de la propiedad privada. "Los más cristianos, escribe, se han equivocado creyéndose cumplidos con el prójimo cuando han atendido a los indigentes; como si no hubiera también una clase inmensa, no indigente sino pobre, que no quiere "limosnas", sino "instituciones".

Y es al mismo tiempo un magnífico defensor de la limosna y de todas las formas auténticas de la caridad. Ganas darían de citar íntegros sus artículos "De l'asssistance qui humilie et de celle qui honore" y "De l'aumone", publicados en "Ere Nouvelle", cuando Francia se debatía en plena crisis después de la revolución del 48. "Nuestros Señores los pobres", decía Ozanam, haciendo suya la frase habitual de San Vicente, mientras se desvivía porque sus protegidos dejaran de necesitar su protección. La más querida de sus obras, hasta su muerte, fué la Sociedad de San Vicente de Paul. ¿Por qué?

Porque la consideraba eminentemente "educativa para sus miembros"; porque no se llegará a la práctica de la justicia, que exige renunciamiento, si no hay amor en los corazones. Lo que Ozanam quiere poniendo a los jóvenes en contacto con el pobre, es provocar una "agitación caritativa". De una ferviente práctica de la caridad personal para con los menesterosos, espera las "medidas serias" que han de ayudar a solucionar "el formidable problema de la miseria". El espera que los jóvenes vicentinos, que suban a las bohardillas con bonos de pan y palabras de consuelo, bajarán de ellas con proyectos, o por lo menos, con sed de reformas sociales en la mente.

Y no se equivocó. Uno de esos jóvenes fué Henri Lorin, el gran promotor de las Semanas Sociales de Francia. Y como él hubo una legión. Lo atestigua Albert de Mun, autoridad en la materia, que afirma: "Ozanam dió la señal de la acción popular cristiana". Muchísimas de las obras modernas, no sólo de asistencia, sino de previsión y de reforma social, tienen su origen en un vicentino. Y lo mismo puede decirse de las teorías de Economía Social que elaboran los católicos, frente al socialismo y al liberalismo.

Para concluir, no puedo menos que citar estas palabras que Ozanam escriba a un amigo íntimo, también vicentino, a los veintitrés años: "La cuestión que divide a los hombres en nuestros días, no es ya una cuestión de formas políticas, es una cuestión social, es saber quién triunfará, si el espíritu de egoísmo o el espíritu de sacrificio: si la sociedad no será más que una gran explotación a beneficio de los más fuertes o una consagración de cada uno para el bien de todos, y sobre todo, para la protección de los débiles. Hay muchos hombres que poseen demasiado y quieren poseer más todavía; hay muchos más que no poseen bastante, que no poseen nada, y la lucha amenaza ser terrible: de un lado el poder del oro; del otro el poder de la desesperación. Entre estos dos ejércitos enemigos tendríamos nosotros que precipitarnos, si no para impedir, por lo menos para amortiguar el golpe".

Creo que ante esas líneas, escritas en 1836, puede hablarse en 1933 de la "actualidad de Federico Ozanam".

Sofía Molina Picó

Encuentro de un Oidor con una fantasma

= Final del Cap. VII del tomo I de *El Visitador*, novela histórica. En las «Obras Completas de Don José Milla». Tercera edición. Guatemala, 1897 =

...La campana grande del convento comenzó entonces a hacer oír sus sonidos pausados y solemnes, dando las doce.

—Es muy tarde, dijo el Oidor, y es tiempo de retirarme. Señor don Juan, os repito que estoy pronto a obedeceros, como el soldado más decidido a su general. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor, contestó don Juan; pronto os diré lo que tenéis que hacer. Por ahora he deseado únicamente procurarme la honra de conoceros y saber si podía contar con vos. Ahí en la huerta encontraréis a uno de mis criados, que os conducirá hasta la puerta. Buenas noches.

Diciendo esto, don Juan acompañaba al doctor Araque hasta la puerta del jardinillo que daba a la huerta. La abrió, y vió deslizarse por entre los árboles una como fantasma vestida con un traje talar blanco, que se perdió en un bosquecillo de naranjos. El oidor no pudo ver aquella aparición, por estar vuelto hacia adentro, para hacer el último saludo al huésped de los mercedarios. Don Juan no dijo una sola palabra de aquel incidente y el doctor Araque, embozándose hasta los ojos, echó a andar, buscando la puerta de salida.

La conferencia había sido larga, y siendo ya muy tarde, el esclavo apostado para conducir al Oidor no pudo resistir al sueño y se durmió tranquilamente al pie de un frondoso árbol de jocotes, que proyectaba en el suelo la sombra de su copa majestuosa. Araque buscó por todas partes y no encontrando al negro, supuso le aguardaría en la puerta que daba a la calle y continuó su camino al través de la arboleda de la huerta. La hora, el silencio, interrumpido únicamente por el tañido de la campana grande que hacía vibrar sus últimos ecos pausados y melancólicos; la oscuridad de la noche, que apenas permitía ver las siluetas fantásticas de los árboles, que se dibujaban en el fondo ceniciento de un cielo nebuloso, fueron poco a poco impresionando a don Ambrosio de Araque. Como la mayor parte de las gentes de aquel tiempo, el doctor no temía a los vivos, pero temblaba a la sola idea de que se le apareciera una alma de la otra vida. Luego recordó haber oído contar que hacia aquella parte del convento caía la habitación que había ocupado un fraile loco, muerto hacía poco tiempo, y le vinieron también a la memoria ciertos rumores de apariciones nocturnas de aquel difunto. Araque apretó el paso, deseando verse cuanto antes en la calle; pero por más que hacía, no encontraba la puerta de salida. Iba y venía de un lado a otro; la oscuridad y el miedo le hicieron perder la cabeza; sintió que un frío glacial corría por sus venas, al oír a sus espaldas un rumor como el que formarían los pasos de un hombre sobre montones de hojas secas. Volvió la cabeza involuntariamente y vió que le seguía a poca distancia una figura blanca, con una mancha roja en el pecho y un rosario de cuentas gruesas en la mano. El pobre Oidor creyó llegada su última hora, pues comprendió que aquella aparición era el alma en pena del fraile muerto. Quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta; hizo un esfuerzo para correr; pero no pudo conseguirlo, pues sentía ambos pies como si fuesen dos enormes masas de plomo.

Entretanto la fantasma seguía avanzando con paso lento hacia el Oidor, que al ver que la aparición estaba ya a dos varas de él, no pudo tenerse en pie y cayó sin conocimiento. Entonces el alma en pena, o lo que fuese, se aproximó al doctor y se inclinó para apartar la capa que le cubría una parte de la cara, como si quisiese reconocerle.

—¿Este anda también por acá? dijo a media voz la aparición; buena va la danza. ¿Con que no sólo mis dos hermanos tienen tratos nocturnos con el huésped, sino también los señores de la real Audiencia?

El Oidor continuaba desmayado y no pudo escuchar aquellas palabras, que seguramente le habrían hecho recobrar la tranquilidad, haciéndole ver que la supuesta fantasma era un hombre de carne y hueso, vestido con el hábito de los legos del convento. La supuesta alma en pena se disponía a marcharse, dejando que el doctor Araque volviera en sí cuando le diera la gana; pero al volver la espalda, se encontró a su vez frente a frente de otra aparición, que le hizo dar dos pasos hacia atrás. Era don Juan, que habiendo visto la fantasma cuando despedía al Oidor, quiso averiguar quién fuese el importuno que rondaba su habitación en aquella hora.

—Paréceme, hermano portero, dijo el huésped, que os habéis propuesto espiarme.

—Líbreme Dios y nuestra Señora de Mercedes, contestó Fr. Pablo, de semejante cosa. ¿Qué tengo yo que hacer con las vidas ajenas? Cada uno es dueño de tratar con quien le acomode y allá Dios le pedirá cuentas de lo que haga. Sucede, señor don Juan, que por cierta faltilla conventual que no es del caso referir, nuestro Padre me ha impuesto la penitencia de rezar once mil Padrenuestros y otras tantas Avemarías diarias. A tira más tira, he podido completar tres mil dos cientos veinticuatro, desde que su Paternidad me intimó la orden; así es que ya se me ha recargado mucho la cuenta. Esta noche hice examen de conciencia y me dije: Pablo, esto va malo; estás recargándote y las distracciones inevitables del convento tienen la culpa. Animo, Pablo, y vamos a un sitio apartado y solitario donde puedas despacharte, sin temor de que alguno te interrumpa. Con esta resolución, señor don Juan, luego que la comunidad estuvo recogida, tomé la llave de la otra puerta de la huerta, y me vine por acá. Púseme de rodillas, lejos de la puertecita de la habitación que ocupa Vuesa Merced, y en tres horas y media que habré estado aquí, he rezado por lo menos veinticuatro mil Padrenuestros y Avemarías, con lo que tengo ya hasta adelantados los de algunos días. Aliviada mi conciencia, iba a retirarme a descansar, cuando tropecé con el cuerpo de este hombre, que por cierto no sé quién es, y cuando me disponía yo a levantarlo, para ver si está vivo o muerto, aparecisteis vos.

Don Juan escuchó la peregrina relación del lego, sin interrumpirlo, y cuando hubo concluído, le dijo:

—Bien, hermano Pablo; puesto que tenéis tanta necesidad de buscar un sitio apartado y solitario, donde a favor de la oscuridad y del silencio podais cumplir con entero recogimiento la penitencia que os ha sido impuesta, yo me entenderé con el P. Provincial, que os proporcionará algo que os convendrá más que la huerta. Retiraos, añadió con tono imperioso; y obedeciendo el desdichado lego prontamente, dejó al huésped con el doctor, que comenzaba a recobrar el conocimiento.

Don Juan, luego que hubo tranquilizado al pusilánime Oidor, diciéndole quién era en realidad el alma en pena que tan terrible susto acababa de causarle, le condujo hasta la puerta de la calle. Enseguida el huésped misterioso se dirigió a la puerta, de donde pasó a la celda del Provincial, llamó, y habiéndose levantado Fr. Bonifacio, al reconocer la voz de don Juan, le dijo éste unas pocas palabras al oído. El Religioso inclinó la cabeza en ademán de asentimiento, y volvió a entrar a su celda, mientras el huésped se dirigía a su habitación.

Al siguiente día los religiosos se comunicaban unos a otros, al oído y con espanto, una extraña noticia: Fr. Pablo Molinos, el lego portero, tan observante de la regla y tan querido del P. Provincial, había amanecido en la cárcel del convento!

José Milla

Agunas causas de la desmembración hispanoamericana

= De *La Nación*. Buenos Aires. Envío de *A. R.* =

Si fuera dable estrenar nuevas vidas, la próxima que me encargase tendría como eje organizador la meditación sobre el pasado americano, pasado que en tan íntimo modo afecta a la actualidad ultramarina. En pocos sitios del planeta deja el hoy transparentar el ayer, y ninguna historia debiera llegar más al alma de Hispania que la de aquellos pueblos en los que puso y dejó cuanto tenía. De ahí que sea lamentable y apenas concebible el despego de los trabajadores inteligentes por los asuntos de la historia americana. Lástima que hace veinticinco años muchos no hubiésemos visto con claridad que la historia de España tenía que ser enfocada desde el continente americano.

Una de las tareas que más me encadenarían la voluntad es analizar y hacer comprender a los pueblos de América el motivo y el sentido de su desunión. Pienso que si un día los hispano hablantes del otro lado del mar vieran, sintieran, y pudiesen intuir de verdad el hecho de su desmembración y casi desmigajamiento, eso señalaría una era nueva para todo aquel conjunto de naciones. Frente a la firme unidad de América del Norte, los pueblos de habla hispana significan una constante interrogación, y ofrecen mil divergencias con aquellos sus vecinos de continente. Para el europeo, no obstante la separación política, la porción hispana de América constituye cierta unidad de cultura, que se refleja en las denominaciones aunadoras de Hispano-América, Ibero-América o América Latina. Frente a la compacta unidad del norte, esa otra es meramente virtual, un problema en suma.

Henos ante unos pueblos animados por intenso afán vital, con una tradición común, y que se esfuerzan por no desmerecer al lado de los grandes países de Europa, cuya cultura aspiran a absorber y a transmutar en propia substancia. Mas ¿qué cosa son estos pueblos? Es posible definir sin excesiva imprecisión lo que sean Francia, Alemania o Inglaterra; incluso cabe lograr una definición de la Europo occidental; lo que en rigor sea Hispano-América no lo conoce nadie exactamente, ya que en este caso realidad y posibilidad ostentan límites confusos, y sólo dejan percibir valores problemáticos.

América Unida y América Desunida: ahí yace una de las claves, quizá la esencial, de todo este complicado asunto. No poseo, ni mucho menos, la bibliografía de lo escrito acerca de tal tema. Creo, sin embargo, que suele achacarse a circunstancias sobre todo geográficas la disgregación en que cayó políticamente América, luego de separarse de la antigua metrópoli. Pero tal intento de explicación me parece de lo más extraño. Las distancias, las variedades de clima existían en el siglo XVI lo mismo que ahora, y todos esos obstáculos y muchos más fueron rebasados por los españoles. Establecerse en ciudades como Bogotá, La Paz y Quito, o el ir de Méjico a Guatemala por primera vez, según hicieron Cortés y Bernal Díaz del Castillo, requería prescindir en absoluto de los peligros y dificultades naturales, y eso en una época en que apenas se conocía la técnica. Ni el clima ni la geografía son barrera para que una civilización y una armonía política se desarrollen como unidad poderosa. El Egipto de hace cuatro mil años era tan asfixiante como el de nuestros días. Lo que varía es el poder creador de quienes pueblan un territorio. El problema es de cultura humana y no de naturaleza física. El presente de América es la forma que alcanza en su evolución secular un cierto tipo de vida; es el resultado previsto de una manera de encarar el mundo. Hay que volver al tronco de donde arrancan las ramas frondosas, hoy expandidas en direcciones tan opuestas, si queremos entender las peculiaridades sociales y políticas de la América de hoy.

No sé si alguien se tomó el trabajo de inventariar e interpretar lo escrito por los españoles acerca de una posible independencia de las colonias americanas: es decir, si están coleccionadas las profecías y temores en torno a la separación de América. Sea como fuere, me interesa recordar lo que el clarividente Conde de Fernán-Núñez escribía a fines del siglo XVIII en su **Vida de Carlos III.** Las colonias inglesas, como es bien sabido, se apartaron de su metrópoli, avudadas por la protección muy benévola de Francia y de España. Se habló mucho de Lafayette, y menos de la ayuda prestada por el gobierno de Carlos III; pero hoy se sabe muy bien que España colaboró en la empresa subversiva con recursos no insignificantes. Era, entonces, muy natural preguntarse, si ese auxilio a unos rebeldes americanos, no incitaría a otros pueblos del mismo continente a seguir un ejemplo que con tan gratos ojos contemplaba la monarquía española. A esa objeción—que el discreto Fernán-Núñez no formula abiertamente—responde el autor, que las colonias inglesas fueron fundadas por familias de "presbiterianos, enemigos de la Monarquía y de toda jerarquía eclesiástica y secular, a quienes parecía una sujeción y esclavitud aun el mismo gobierno y religión anglicana, mirado hasta ahora en Europa como el modelo de la libertad. Era casi imposible que unas colonias fundadas por personas inbuídas en estos principios, pudiesen con ellos permanecer a aquella distancia sujetos voluntariamente a un gobierno que se decía libre, y que profesaba los principios de la libertad. Esta dependencia sólo podía durar mientras **su industria y su comercio** no consolidasen su existencia". Visión tan justa de la América anglo-sajona, "hace ver, **a pesar de lo que pretenden los que no combinan las situaciones y antecedentes,** que la América española no debe seguir el ejemplo de la inglesa, pues siendo enteramente distinto su origen, su gobierno y su sistema, no deben ser sus resultas las mismas, sin que todo eso mude. Adquirida su posesión, **juste vel injuste,** por la fuerza de las armas; establecidas bajo reglas (buenas o malas, sobre lo cual hay mucho que decir que tampoco es aquí del caso), las cuales, cortando los vuelos a su industria, las hace enteramente dependientes de la España, y aun, si bien se mira, de la Europa, que tiene interés en que lo sea; gobernada por una Monarquía e **imbuída en los principios de ella;** conformes en un mismo sistema de religión, igual al de la monarquía de que dependen", todo esto coloca a la América española en condiciones muy diferentes de las de la América inglesa. Quizá cambien esas circunstancias, piensa Fernández-Núñez; "pero el genio indolente de los naturales del país es un obstáculo casi invencible que impide **los progresos de su industria** y de sus luces, sin lo cual no puede absolutamente verificarse lo que se pretende".

Fernán-Núñez, prescindiendo del mayor o menor acierto de sus profecías, alude en esa inteligente exposición a aspectos de completa modernidad. Su idea de la América española está basada en motivos puramente de civilizacin: la fe, religiosa, la estructura política, la capacidad de trabajo original, o sea de crear un mundo nuevo mediante la industria. En tanto que los países calvinistas fraguaban esa burguesía y la sociedad aun vigente en Europa, gracias al capitalismo y a la industria, la colonización hispano-católica se desarrollaba con un ímpetu único a favor del régimen señorial y de una economía a base de explotación agrícola y minera. Se amplificaron en América los métodos españoles de producción, merced a la posibilidad insospechada de la tierra nueva. No se innovó, no se mudaron las condiciones ni los supuestos de la vida, pero nacieron nuevas patrias: "al buen varón, tierras ajenas patria le son". El pueblo se dió cabal cuenta de ello; aquellos países de encanto y maravilla no eran factorías, sino residencias permanentes, a las cuales se trasladaban los cuerpos y las almas. Se trataba de prolongar España, concepción grandiosa que la razón fría del siglo XVIII no debe hacernos olvidar.

La revelación de lo que fué el dominio español en América, se logra menos en Buenos Aires o Montevideo que en Santo Domingo, la ciudad preferida de Colón, hoy punto olvidado, aunque digno de más alta fortuna. Ved todavía cómo se yergue la espléndida catedral gótica, alzada a comienzos del siglo XVI, como si Santo Domingo fuese Segovia o Granada. Ni entonces ni ahora, ningún pueblo colonizador ha hecho nada parecido. Los edificios coloniales, sobre todo en países del trópico alejados de

la metrópoli, suelen ser construcciones sin miras a lo eterno, y con vista a los intereses de la administración. Mas la catedral de Santo Domingo está labrada en piedra y con lujo ocioso, según convenía a quienes tomaron aquel territorio no como medio, sino como fin en sí. Y por eso se prodigó el lujo y la inútil riqueza (inútil para el alma pobre) como se hizo en las ciudades andaluzas recobradas de los moros.

El mismo propósito generoso y señorial es perceptible en Méjico, Perú, Ecuador y otros sitios. Nada semejante se halla en las regiones colonizadas por Inglaterra, Holanda o Francia. Ni en los Estados Unidos ni en el Canadá hallamos un solo monumento de los siglos xvii y xviii, que merezca el nombre de tal. Los norteamericanos guardan como preciosas reliquias unas insignificancias, migajas de arte que los misioneros de España dejaron en California. En la grandiosa Nueva York todo es moderno, reciente. El pasado transcurrió prosaico, sin exaltación interior, dirigido, sí, por el sentido de la eficacia social, de la perfección de la tarea, del esfuerzo laborioso, del afán de lucro para conquistas el "confort". Para tales fines eran un obstáculo los indios inasimilables, faces repelentes que amenazaban romper la euritmia de los rostros europeos. Fría e implacablemente el sajón acabó con el indio. Con perfecta tranquilidad dice **The International Encyclopaedia**: "no obstante lo que piensa la opinión popular, escasamente un cuarto del número primitivo de tribus fué destruído por los blancos". Y añade— aquí viene lo tranquilo: "no se puede hacer ningún cálculo satisfactorio de la población india en 1492". ¿Cómo saben entonces que sólo fué destruído el 25 por ciento de la población aborigen?

La razón, el afán de cada día ahogaron cualquier consideración romántica, y no hubo Padre las Casas que protestara. ¡Qué ironía! Cuando se piensa en la millonada de indios y mestizos que forman la porción más densa de Hispano América, la obra de Las Casas, **La destrucción de las Indias,** parece un sarcasmo. El primer cuidado de Cortés es amar a doña Marina la india; y como él, hicieron todos los españoles, en quienes la fantasía monárquica, religiosa y poética (Méjico se conquista al rumor de versos del Romancero), se aunaba con la despreocupación popular.

En los siglos xvii y xviii se realizó el gran esfuerzo para construir la sociedad europea sobre bases nuevas: capitalismo y técnica. Los principios racionales se aplican a la vida de este mundo, subtantiva y autónoma, que se aleja así de la fantasía y de la divagación. El Estado se estructura sobre principios humanos y no teológicos, inmanentes y no trascendentes. Frente a tal actitud, el español vivía en una bella y mágica exaltación. Los lazos que ligaban a los españoles, lo mismo en Europa que en América, no iban directamente de individuo a individuo, sino que emanaban del mismo principio místico que los cobijaba a todos: la realeza, para lo humano; lo teológico, para lo espiritual. Ya decía Gonzalo Fernández de Oviedo en el siglo xvi, que lo único que ataba en América a los españoles de tan distintas regiones era el ser súbditos del rey de España. La autoridad se conseguía en las Indias blandiendo el nombre del rey; en otro caso, sólo imperaba la anarquía más vacua. Las ciudades nacen como una evocación monárquico-religiosa. En 1593, el capitán don Francisco de Argañaras funda a Jujuy en nombre de la Santísima Trinidad y de Su Majestad: "echó mano a su espada, y haciendo las ceremonias acostumbradas, echó tajos y reveses, y dijo en voz alta si había alguna persona que contradiese el dicho asiento y jurisdicción, y no hubo contradicción de persona alguna". Y en efecto, ahí está Jujuy, y con él todas las otras ciudades brotadas al soplo mágico de tan singular civilización, que consigue, entre otros extraordinarios resultados, difundir uniformemente la lengua española entre millones de gentes analfabetas, gracias a la predicación religiosa. Lo maravilloso y lo popular marchaban coincidentes hacia el mismo fin.

Aquellos hombres vivían y se sustentaban gracias al reflejo que una creencia y una fe mística proyectaban sobre ellos. No inventaban gran cosa, no creaban una vida común basada en colaboraciones y en intereses jurídicos. No hay por tanto que asombrarse si un día, muy en decadencia la fe en lo divino y quebrados los sostenes mágicos de la monarquía, esas porciones lejanas del Imperio Español juzgaran natural declarar rota la autoridad de la metrópoli, en forma muy distinta a como se proclamaban independientes los Estados Unidos del Norte, cuya unión era precisamente lo que daba sentido a su independencia. En el Sur, las diferentes parcelas del inmenso territorio se desprendieron, porque la mano que las sostema en una región virtual, se abrió y las dejó caer. Y cayeron pesadamente a tierra, y se fragmentaron en pedazos. Tenía absoluta razón aquel anónimo dirigido al virrey Cisneros, que prueba una vez más hasta qué punto poseían luz clara las buenas cabezas del siglo xviii; decía, que no era posible un gobierno colonial sin metrópoli, porque de otro modo, las Américas se dividirían en tantos "reinos como virreyes, en tantos régulos como gobernadores, y en otros tantos partidarios, cuantos son los hombres osados de que abundan". Y así surgieron, en efecto, las pequeñas repúblicas de Centro América, y Bolivia, y el Uruguay, y el Paraguay, y todo lo demás.

La desmembración de América no se debe, pues, a circunstancias geográficas, ni a ninguna otra causa física, sino que es el efecto preciso de haberse roto una civilización de tipo mágico. Ricardo Levene nota que a fines del siglo xviii el sentimiento religioso se había desnaturalizado para convertirse en superstición y "en adoraciones fetichistas de santos patronos". Eso casa muy bien con las ideas hasta aquí expuestas. Hispano-América se desmembra, porque le falla el rumbo religioso-monárquico y no encuentra otro. El Brasil se salva de tal despedazamiento por haber guardado la realeza y el imperio hasta 1889; de otro modo, aquella extensa república estaría hoy partida en tres o cuatro naciones.

Algunos países de Hispano-América, más dichosos, supieron recrearse una nueva existencia, que sin renegar de las substancias valiosas del pasado, les han permitido iniciar otros métodos de vida nacional. Ojalá todos esos pueblos, sobre los que Europa lanza miradas plenas de avidez, se decidan a no seguir despedazándose como los desventurados Paraguay y Bolivia, como los amenazados Colombia y Perú. Un gran dolor. Ojalá viésemos pronto que un grupo de esas naciones queridas se hallaba en vías de romper las cadenas del pasado mágico que las embruja, y con las manos bien unidas, y los corazones al unísono, emprendían una senda trazada por nuevos y fecundos intereses.

Américo Castro

Madrid, febrero de 1933.

Versos inéditos

= Colaboración =

EN UN PETALO

La rosa de mi vida
se estaba deshojando;
al polvo iba mi cuerpo
en polvo transformado,
mi pensamiento se iba
a un alto sol dorado;
mi alma cayó en la sombra
como un pétalo blanco!

928

BLANDAMENTE

Blandamente, la tarde.
Sobre el jardín, olvido.
Verde, le cojo al aire
la música del pino.
Rosa, lejana nube.
Llueve, cerca, amarillo.
Sonora va en el aire
la música del pino
Ultimos resplandores
nimban cimas del pino;
la música, en el aire;
y en la yerba, frío!

931

HOJAS OLVIDADAS

Fué la música dejando
su rumor por la arboleda;
sin romper el hondo encanto,
tu palabra se hizo seda
y caía lentamente
como pétalo de rosa
deshojado por la luna
verdinegra y silenciosa.
Con azul de pensamiento
que bordaban las estrellas,
desleídas en el viento,
me dijiste tus querellas.
Y por el misterio puro
de tus agonías y quejas,
naufragué en el mar oscuro
bajo el arco de tus cejas.

918

VIEJO CUADERNO...

Viejo cuaderno de versos
¡quién te volviera a escribir!
con tu tristeza de invierno,
con tu alegría de abril.

Rincón florido de mi alma,
abandonado jardín,
con su fuente cristalina,
con su rosa y su jazmín.

Viejo cuaderno de versos
tan ingénuo y tan pueril,
¡quién viviera con tu ensueño!
para volverte a escribir!

926

A ORILLA DEL RIO...

Orilla del río
al atardecer!
¡Aquella agua clara
de tu bien querer
que no ha de volver!
Debajo del puente
el agua se fué;
se llevó en relumbres
de estrella tu fe;
orilla del río
yo quiero volver
a ver en el agua
mi pena correr.

932

LA TEMBLOROSA

¡Cómo hace la luz de tu llamita
danzar las sombras de tus pensamientos!
cómo aletea en tus pupilas
la inquietud de tu pájaro preso!
Vienes al bosque
al bosque en primavera de mi afecto
y tu alma de gacela
salta, medrosa de no sé que perros
cazadores, que crees están
tras de mis emociones en acecho.
Peces de fastuosos colores
que en claras aguas de diamante y sueños
ágiles huyen
de un reflejo de lirios o de lotos,
son tus miedos...
A pesar de ellos
tus anhelos
son cabritos curiosos por mis cerros.
¡Y eres más temblorosa
que una caña en los vientos!

928

VALKIRIA

I

Negra playa
con mar torvo
en la noche
de huracán,
faros tristes
que dan rumbos
a fantástico
bajel;
voces rojas
de la hoguera
gritadoras del horror.
Soledad en que has venido,
oh Valkiria,
a combatir
con mis ángeles de nubes,
con mis sueños de cristal.
¡Huye, huye,
de mi carne,
deja en paz
a mis ángeles de nube,
a mis sueños de cristal.

II

Llama roja,
cabellera
que mis manos
enredó,
brazos de plata
anudados
como llamas de pasión;
senos de mármol,
hirientes
espuelas para el ardor;
vientre de ola marina
curvado de tentación,
blancas rodillas,
escudos,
que guerrearon con furor;
muslos de parra con luna
que anudaba tu impudor;
pies de sirena
pues eran
dos aletas de fulgor!...

III

Negra playa con mar torvo
en la noche de huracán...
La Valkiria va gimiendo
en la espesa oscuridad...
Gritos de blancas gaviotas,
tumbos en el roquedal...
luz perdida de los faros
por la pelambre del mar...
¡Angeles míos de nube!
¡Sueños míos de cristal!
¡Angeles y sueños! ¡Paz!

933

Carlos Luis Sáenz

Heredia, Costa Rica. 1933.

Tablero

=1933=

UN VETO DEL DR. ZAMBRANA

A propósito del homenaje que hicimos a Hostos en la entrega trasanterior, persona bien enterada nos ha remitido estas líneas:

En 1896 nuestro gobierno solicitó del de Chile la recomendación de un profesor que viniera a dirigir el Liceo de Costa Rica. El Ministro de Instrucción Pública de Chile recomendó, antes que un profesor chileno, a don Eugenio Ma. de Hostos, quien de buena voluntad aceptaría el cargo. El doctor Antonio Zambrana expresó un parecer adverso a la traída de Hostos y éste fué entonces aprovechado por el gobierno de Chile para dirigir el Liceo Amunátegui, uno de los principales de Santiago.

Nota: El Presidente de la República era entonces don Rafael Yglesias.

El Ministro de Instrucción Pública, el Lic. don Ricardo Pacheco.

La expresión fulminante del Dr. Zambrana: "¡Si Hostos es un loco!"

DICIENDOLE ADIOS AL Dr. GOMEZ RESTREPO

= *Envío del autor.* =

San José, julio 8 de 1933

Excelentísimo señor don Antonio Gómez Restrepo,
Ministro Plenipotenciario de Colombia,
Poeta helénico,
Orador eximio:

Vais a dejar ya el suelo costarricense para regresar al nido de vuestra Atenas Magnífica.

Permitidme, Señor, que en Vos, que sois dignísimo representativo de esa noble porción que conquistara el Adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada, salude yo al pueblo amado de Colombia, prestigio de la Raza, florón del Continente.

Vos, Señor de la Palabra Rítmica, que traéis derechamente el abolengo de los claros varones de Nueva Granada; que tenéis doblemente el prestigio de ser hijo epónimo de esa Nación en quien han perdurado, más que en ninguna otra, el carácter y la tradición de la vieja España; que habéis vivido bajo ese cielo de esplendor, en el mismo nidal de grandes hazañas, en la cuna de hombres de gran relieve, donde a la vez vense crecer el zenzontle y el tigre—hombres bravos y pálidos soñadores;—Poeta altísimo que vais ahora a la patria americana por excelencia, que las más de las veces ha sido gobernada por poetas y sabios, Señor: Sabed que en Costa Rica ha quedado profundamento marcada la huella de vuestro paso, y que, a su conjuro, siempre seréis. Vos paradigma singular de nobleza y de altitud espiritual en el ejercicio de las funciones diplomáticas, que en Vos se aunan con el ejercicio de la Belleza y de la Caballerosidad.

Vos, que habéis bebido la inspiración en hombres como Camilo Torres, Francisco de Paula Santander, Caldas, Mariño, Lino Pombo, Cuervo, Arboleda, Caro (José Eusebio y su hijo Miguel Antonio, cuya exaltación hicisteis un día en pieza inolvidable)...

Vos, que podéis llamar hermana a la heroína Salavarrieta que **Yace por Salvar la**

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA
Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

La fiesta de hoy

(19 de julio de 1917)

= *Envío del autor*. Cartago, C. R. =

Hoy fué día de San Vicente de Paul y por lo tanto de fiesta para los pobres.

¡San Vicente de Paul! ¿Quién podrá tener el corazón tan duro y la inteligencia tan sorda que no sienta al oír este nombre, dulce como la miel y suave como los ungüentos de la Biblia, un deslumbramiento celeste y un divino éxtasis de amor?

¡Poder inmenso el del amor! ¡Qué pequeñas y deleznables resultan todas las glorias del mundo,—las que se conquistan con la espada, las que se ganan con el talento, las que se compran con el oro, las que se sustentan con odio y se visten de púrpura en la eminencia dorada de los tronos,—al lado de las glorias que da el amor!

Todavía no se ha sacado del fondo de los mares para adornar la corona de ningún rey una perla de tan subido precio como la lágrima de un pobre cuando el amor la enjugó con mano delicada y solícita. Aun no se conoce, ni en los prodigios del arte ni en las maravillas de la Naturaleza, un espectáculo tan hermoso y resplandeciente como la sonrisa de un triste cuando su tristeza ha hallado consuelo en el pecho generoso de un semejante.

¿Quién se acuerda ya de los grandes capitanes que ensangrentaron la tierra, como no sea para maldecirlos? ¿Quién se siente conmovido al recordar las proezas que se escribieron con sangre?

Majestades que en vida encontraron estrecho el mundo para su grandeza, duermen ahora debajo de un mármol, tan frío y tan insensible a su recuerdo como el alma de la posteridad.

En cambio, ved cuán duraderas y admirables las glorias que el amor ayudó a edificar! El pórfido de los palacios resiste menos a las influencias destructoras del tiempo que la memoria de los buenos: las pedrerías rutilantes, las sedas espléndidas, las vajillas áureas, los manteles principescos, lucen mil veces menos que estos divinos semblantes llenos de bondad, de sencillez, de compasión y de ternura por las desgracias de los hombres.

¡Oh grandeza, oh fuerza soberana del amor! Sólo tú construyes cosas grandes, capaces de vivir eternamente, por sobre el tumulto de los siglos y a despecho del espíritu olvidadizo de las generaciones.

Dichosos aquellos a quienes tú distingues y favoreces con tus dones, pues que desde ese instante pasan a ser instrumentos de la bondad del cielo y alegría serena y perenne de la tierra. Dichoso Luis, que estaba sentado sobre la silla de los reyes de Francia con el cetro del poderío y la realeza en la diestra, porque tú pusiste sobre su cabeza un halo de santidad más dulce y majestuoso que el resplandor del trono, y dichoso Vicente, que estaba guardando rebaños en las landas de Gascuña con un cayado de encina en las manos, porque tú, oh Amor!, fuiste también hacia él y lo besaste en la frente para hacerlo noble de la única nobleza verdadera y para coronarlo príncipe del único señorío que nadie discute y que todos respetamos.



Moser Vicente

Y he aquí lo más admirable en la historia de las grandezas que se constituyen al amparo de tus designios. Bastó que pasaras por esa pradera donde vivía entre balidos de ovejas y notas de campesinas zampoñas aquel pobre pastorcillo, para que esa noche, al recoger su ganado, fuera ya Vicente tan grande en su oscuridad y en su pobreza como el rey Luis en su palacio, en medio de los señores y de los capitanes.

Y así, igualado el rústico con el monarca, la pastorcilla de Lorena con la reina de Hungría, el mozo de fortuna y de buen parecer que se llevaba las miradas de las muchachas de Asís, con el miserable hijo del azar que buscó el silencio del yermo para aquietar su dolor, conserva la iglesia en la esplendidez de sus altares y en la gloria de sus calendarios, el recuerdo de las almas que la ilustraron con las proezas del bien y con los destellos de la bienaventuranza. La misma campana que convoca a la fiesta de los sabios doctores iluminados llama a la celebración del monje de pocas luces que fué a Dios, sin embargo, por el camino de rosas del amor. La misma cera y el mismo incienso se queman por Agustín y Bernardo que por Pedro de Bethancourt y José de Cupertino.

Y es que la iglesia no repara en distinciones de origen ni en preeminencias sociales, ni de entendimiento o de fortuna. La iglesia está edificada sobre el verbo de Dios, que es como dijo el Vidente de Patmos: amor.

Mario Sancho

Julio 19 de 1917.

Tablero...

(Viene de la página anterior)

Patria, como reza su anagrama; que habéis colmado vuestro espíritu dilecto con las armonías infinitas del más grande de los líricos de habla española, José Asunción Silva, y que habéis escuchado al mismo gestor de "San Antonio y El Centauro", el impecable Guillermo Valencia, y habéis cruzado las calles llenas de silencio en las noches bogotanas del brazo del bohemio Soto Borda y de Jorge Pombo su hermano; que habéis compartido la miel de la Belleza con Ismael Enrique Arciniegas y visteis volar desde el Himeto colombiano las mismas abejas líricas de Alvarez Henao; que paseasteis por el prado feliz donde "María" inspiró con su ternura el poema inmortal de Jorge Isaacs; Vos, que habéis visto crecer a esa pléyade de bardos, desde Isaías Gamboa y Julio Flores, hasta José Eustasio Rivera y Eduardo Castillo y Liévano y Rasch-Isla y López y Londoño y León de Greiff y Angel María Céspedes y tantos...

Señor, Ilustre Caballero de la Poesía, prestadnos siempre en tierra de Colombia el amparo de vuestro numen y haced que acá no se extinga la Fuente de Hipocrene, que a vuestro paso ha saltado en renuevo venturoso y ha rociado de Ideal esta tierra adormecida...

Vos, que iniciasteis, con Prólogo que es Pórtico de Fidias, esa **"Colección de Hombres Ilustres de Colombia"**, donde **Héroes y Poetas** se enlazan como los gajos de un mismo laurel; sabed, Señor, que os alejáis habiendo dejado en esta patria centroamericana el tremor de una emoción cierta de afecto y de admiración para Vos, para vuestra Misión Diplomática y para vuestra Patria admirada y querida.

Quieran los Hados que vuestra nave arrumbe felizmente y os lleve a la tierra anhelada; y quieran los Hados también daros siempre, como al Cantor glorioso de Corinto, la noble Belleza y la inmortal Esperanza!

Muy rendidamente,

Rogelio Sotela

Imprenta LA TRIBUNA